

[www.elortiba.org](http://www.elortiba.org)

# La madre voluptuosa

Ariel C. Arango



Una cosa quería advertirte  
y la olvidé: habla libremente  
y di culo, pija, concha y coger...  
Conque llama al pan, pan,  
y al vino, vino, y si no, guárdatelo.

ARETINO

*Ragionamenti,*  
Primera jornada, 1533.

*Capítulo 1*

# TABÚ Y AMBIGÜEDAD

¡Pues fuego malo te queme,  
que tan puta vieja era tu  
madre como yo!

FERNANDO DE ROJAS  
*La Celestina, Act. 1 (1499)*

## I

Por una calle de Salamanca, de Sevilla o de Toledo camina una vecina de la ciudad. De pronto alguien la ve y grita:

*¡puta vieja!*

y la mujer, que no sólo es vieja sino además barbuda, sin ningún empacho vuelve la cabeza y responde con alegre cara.<sup>1</sup> Se llama La Celestina, es hechicera, astuta, llena de artimañas y... *puta*. Del personaje sabemos que nació en 1492 de la pluma de Fernando de Rojas, pero nadie sabe, en cambio, la edad de su profesión, aunque sin duda es un negocio muy antiguo. Aparentemente, el más viejo del mundo. Y la palabra obscena con que se nombra a tan rancias trabajadoras, una de las más populares y prohibidas. Es una "mala" palabra o, lo que es lo mismo, una palabra tabú.

¿Por qué tabú? Porque es un vocablo proscrito, peligroso y turbador; porque la condena recae sobre la palabra *per se*, en sí misma, más allá de su significado y, sobre todo, porque nadie sabe cuáles son las razones de la prohibición.

En ocasiones, el esfuerzo por evitar pronunciar la palabra tabú lleva a deformada como sucede con el término *pucha* y sobre todo en exclamaciones como ¡la *pucha*! Otras veces se recurre a un vocablo equivalente: prostituta. Es correcto afirmar que alguien es hijo de una prostituta pero no decir que es un hijo de *puta*. Se acepta una palabra pero no su sinónimo. Y cuando, a pesar de nuestra infatuación, leemos u oímos esta "mala" palabra en un periódico, en la radio o en la televisión sentimos la misma ansiedad o sorpresa que experimentan los aborígenes de la isla Nias, los tolampos de la isla Célebes o los cafres de África del Sur cuando escuchan una palabra sagrada en su tribu. Además, la misma denominación de estas voces prohibidas señala ya la existencia de un tabú. ¿No las llamamos acaso "malas" palabras? Sin embargo es evidente que lo único que puede ser *malo* es una conducta o una acción pero... ¡nunca una palabra! Hablar de "malas" palabras demuestra hasta qué punto el pensamiento mágico primitivo está infiltrado aún en nuestro lenguaje. Y *puta* es, precisamente, una de esas voces mágicas.

## II

La "mala" palabra *puta* nos depara, no obstante, otra sorpresa. En muchos idiomas como el antiguo egipcio, el árabe, el sánscrito y el latín un mismo vocablo nombraba ideas opuestas.<sup>2</sup> Una sola y misma palabra tenía un sentido contradictorio; expresaba una cosa y su contrario. Este hecho, propio de las lenguas arcaicas, nos resulta, sin duda, incomprensible. Es como si la palabra *luz* pudiese significar en Buenos Aires tanto luz como oscuridad o como si el término *vino* tuviese para los mendocinos tanto el sentido de vino como de agua. Sería ab-

surdo. Y sin embargo...

La cierto es que la "mala" palabra *puta* no sólo' constituye una de las más severas ofensas sino que también es... ¡uno de los elogios más rotundos! "¡Andá a la *puta* que te parió!", es un insulto feroz, pero "¡es un cantante de la gran *puta*!" es una estupenda alabanza. Es notorio que *puta* no es únicamente una voz tabú sino también un término contradictorio: significa lo peor y lo mejor. Es este un hecho extraordinario que si no fue advertido antes es porque estamos sumergidos en él. Estamos tan cerca del fenómeno que no lo podemos percibir; nos falta distancia y, sobre todo, contraste. No obstante, y aunque la neguemos, la realidad existe, y nos dice que nuestro moderno lenguaje posee términos no sólo tabú sino también antitéticos. Y como esto constituye un rasgo característico de la mentalidad primitiva, se deduce que en este aspecto somos tan atávicos como nuestro idioma: a pesar de los espectaculares progresos de nuestra civilización el hombre primitivo todavía habita en nosotros.

Pero entonces, ¿por qué el tabú?, ¿de dónde surge el doble sentido de la palabra? Menudo problema. ¡Hijo de *puta*!

## *Capítulo II*

# **UNA ANTIGUA PROFESIÓN**

Eutique, griega. Dos ases.  
De complacientes maneras.

GRAFITO AMATORIO POMPEYANO  
*Anuncio de una prostituta*

## I

Alguien ha dicho alguna vez que el hombre difiere del animal en que come sin tener hambre, bebe sin tener sed y hace el amor en todas las ocasiones, y como las ganas de coger son inagotables, las putas han ayudado siempre al varón a librarse de una urgencia que no conoce temporadas. Desde tiempos lejanos están a su lado y casi no existen sociedades, donde no se encuentren miembros de este pertinaz sindicato. En Sumeria (4500 a. C.) los santuarios de Ur, Eridu y Uruk hospedaban mujeres que desde niñas ofrecían sus encantos para solaz de los dioses... que los gozaban por procuración a través de sus sacerdotes. Sus auxilios tan imparciales como repetidos beneficiaban la tasa demográfica. Uno de sus reyes más famosos, Sargón I, de larga barba y majestuoso porte, era de padre desconocido, ya que su madre había sido ¡una prostituta del templo!<sup>1</sup> En Egipto, la sangre caliente que bullía en los habitantes de las riberas del Nilo enriqueció a algunas expertas que en el lupanar calmaban sus ardores. Una de ellas, nos cuenta el curioso Herodoto, deseosa de prolongarse en el tiempo, quiso dejar un monumento y pidió a cada uno de sus clientes que le regalara una piedra, y con todas las que así reunió construyó una pirámide.<sup>2</sup>

Estas ferias de hembras complacientes eran comunes en Lidia, Chipre. Fenicia y Frigia, pero en Asiria un Estado intervencionista perturbó el libre comercio de los cuerpos regulando el mercado.<sup>3</sup> Fue en Babilonia, sin embargo, la ciudad de los jardines flotantes y la voluptuosa lasitud donde la prostitución alcanzó su apogeo, pero también mostró su rasgo más enigmático: toda mujer debía coger con un extraño una vez en la vida. Se sentaban en la iglesia con la cabeza ceñida por un cordel y esperaban; los forasteros pasaban y elegían.

Ninguna podía regresar a su hogar hasta que un visitante hubiere echado una moneda de plata en su regazo y la hubiere gozado después. Las hembras hermosas cumplían pronto su obligación 'ritual; las feas esperaban su turno por años.<sup>4</sup>

Estas mujeres, por supuesto, eran putas piadosas, pero también las había por vocación, y descollaban tanto en su trabajo que eran famosas en todo el mundo antiguo. Tanto que a pesar de los siglos algunos varones, como el filósofo Nietzsche, las requerían aun en su exaltada fantasía, *Mi hermana y yo*. IX (1900):

*"¡Oh, ramera de Babilonia, cúbreme con tus pecados!"*<sup>5</sup>

## II

En Judea las ramera se ofrecían en barracas, tiendas y pesebres a lo largo de los caminos. Esperaban allí a nómades opulentos. Sabemos por la Biblia que fue en la encrucijada de Timnah donde Juda cogió a su nuera Tamara, vestida de prostituta, por el acomodado precio de un cabrito.<sup>6</sup> Obviamente, tampoco pasaban inadvertidas en las ciudades. Paseaban por las calles y plazas, tocaban el

arpa, se vestían con ropas insinuantes, caminaban con cuellos erguidos y ojos lúbricos contoneándose al andar y haciendo tintinear sus pies.<sup>7</sup> Publicitaban su producto sentándose en las esquinas más animadas y abriendo generosamente sus piernas.<sup>8</sup> .Por lo demás, conocían muy bien los secretos de su .profesión y trabajaban seriamente, *Proverbios, 7, 14-18*:

*He salido a tu encuentro en busca tuya y  
te he hallado.  
He cubierto mi lecho con coberturas acolchadas  
con . mantos bordados con fino lino de Egipto.  
He perfumado mi lecho con mirra, áloe y  
canela.  
Ven, embriaguémonos de amor hasta la  
mañana.  
Gocémonos en nuestro amor.*<sup>9</sup>

Las putas eran miembros reconocidos de la sociedad hebrea. En todo el Antiguo Testamento no hay un solo reproche moral contra ellas, y cuando algún severo moralista previene a los jóvenes contra los ardides de las rameras, en su propia admonición se delata su aprovechada experiencia:

*los labios de la extraña destilan miel y más suave que el aceite, es su boca.*

El poeta Píndaro (522-448), que pensaba que la necesidad todo lo hace lícito, veía bien que hospitalarias mocitas ofrecieran sus delicadas flores sobre espléndidos lechos.<sup>11</sup>

Sin duda la prostitución era en Grecia una, profesión de porvenir. Existían diversas categorías y especialidades. Las inferiores eran las *pornai*, que vivían en lúgubres burdeles del puerto; las más pobres caminaban descalzas, algunas se exhibían desnudas y en otras la barata pintura negra de sus cejas caía sobre sus mejillas. Un rango superior lo ocupaban las *auletridas* o tocadoras de flauta: alegraban los *komoj*, juergas, de hombres solos, y no tenían ningún prejuicio en deslizar sus labios empapados de vino en otro instrumento distinto, aunque igualmente aflautado, que les ofreciese algún festejante. Y en la cúspide del oficio se hallaban las *hetairai* o compañeras. Eran mujeres que gracias a la lectura o conferencias ocasionales adquirían cierta instrucción y, a veces, incluso, hasta escribían ingeniosos epigramas. Algunos de sus nombres de batalla eran risueños, como aquella llamada Leena, leona, porque en el arte griego se representaba frecuentemente a esta fiera con el culo al aire, o la otra, conocida como Clepsidra, reloj de agua, porque regulaba de ese modo las entrevistas con sus clientes.<sup>12</sup>

El griego hallaba en estas adiestradas profesionales una mujer que le levantaba el ánimo, que .lo saludaba lisonjeramente, que al besarlo abría su boca "como los pequeños gorriones"<sup>13</sup> que pronunciaba palabras de consuelo y que con

esmerado arte le dispensaba los voluptuosos tormentos que ilustran los vasos griegos. En un *kylix*, copa poco profunda sobre alto pie y con dos asas horizontales, el llamado Pintor de Brygos compuso, con líneas delicadas y fluidas que resaltan la carnosidad de los cuerpos, variadas escenas pornográficas. En una de ellas una hetera, de sólido cuerpo y pesadas tetas, se inclina para chupar una pija parada mientras un hombre barbudo le ha introducido ya la suya por el culo al tiempo que disfruta con atentos ojos de sus caderas vivas y musculosas.<sup>14</sup> En otros dos *kylix* encontrados en una excavación en Tarquinia y pintados por discípulos suyos, el Pintor de Briseida y el Pintor de Triptólemo, la decoración se inspira también en el licencioso mundo de las orgías. En los vasos, dos hembras apetitosas se ofrecen serviciales en las posiciones que Aristófanes (448?-380? a.C.) llamaba irónicamente "levantar hacia el techo las sandalias persas" y "ponerse a gatas .cual leona entre barrotes".<sup>15</sup>

Las heteras inspiraron a los varones más ilustres. El dramaturgo Sófocles (496?-406 a.C.) endulzó su ancianidad con Teocris; el filósofo Epicuro (341-270 a.C.) hizo de Leontion su discípula, y el político Pericles (499-429 a.C.) aprendió elocuencia de su amada Aspasia. Pero no fue ninguna de ellas, sino Friné, sin embargo, la más hermosa: su belleza era proverbial. Acusada de corromper a la juventud, Hipérides, su abogado y amante, suplicó a los jueces que no condenaran a muerte a una mujer inspirada por el deseo, y para robustecer su argumento abrió su túnica, mostrando sus carnes deleitosas; ante tal apelación los jueces proclamaron su inocencia. La joven tenía la costumbre de ocultar su cuerpo tras los pliegues de un gracioso velo, pero en el festival de Eleusis y en la fiesta de las Poseidonias, ante la mirada de miles de peregrinos de toda Grecia, avanzaba hacia las olas y se sumergía en las aguas. Apeles (hacia 330 a.C.) la pintó como Afrodita saliendo del mar, escurriéndose sus trenzas todavía húmedas y llenas de algas.<sup>16</sup>

Amasó tanta riqueza con su floreciente trabajo que se ofreció a reconstruir las murallas de Tebas si grababan en la piedra su nombre, bello gesto que los habitantes de la ciudad, orgullosos, rechazaron. Pero la inmortalidad que le negaron los tebanos se la concedió Praxíteles (hacia 340 a.C.): Friné lo amó por un tiempo, y él, usándola como modelo, concibió su mejor obra, para algunos la mejor del mundo, *in toto orbe terrarum*.<sup>17</sup> Ella posó desnuda sosteniendo en su mano izquierda un manto que caía sobre un jarro de perfumes, y el enamorado artista, modelando sus cándidas tetas, sus amplias caderas, sus torneadas piernas y finos tobillos, su cuerpo macizo y el encanto de su sonrisa, extrajo del mármol a la *Afrodita de Cnido*.<sup>18</sup> Y es así como desde entonces los admiradores de la estatua, al mismo tiempo que ofrecen su homenaje a la diosa, rinden sin saberlo, un tributo al subyugante cuerpo de la puta.

#### IV

En Roma la prostitución constituía un comercio pujante. Tanto que algunos

políticos organizaban su campaña electoral por medio del *collegium lupanarium*, gremio de los propietarios de prostíbulos.<sup>19</sup> Apenas se levantaba la cortina de la puerta del burdel, que se encontraba en oscuros rincones de los suburbios, aparecían mujeres en cuero; el consumidor se paseaba entre ellas y elegía. A menudo una joven servía de guía al visitante a través de diversas salas que presentaban un "lúbrico teatro de los juegos más voluptuosos".<sup>20</sup> Los parroquianos solían estimular sus fantasías lúdicas emborrachándose con satirión, un afrodisíaco compuesto de una raíz vegetal y vino. A su vez, en la campiña los cansados viajeros también podían hallar a la vera de los caminos, en la *mansio* o mesón, alivio para el estómago, reposo para el cuerpo y desahogo para el deseo.<sup>21</sup> El oficio estaba legalizado y la ley cuidaba de jerarquizarlo aun más otorgando impunidad jurídica al marido que frecuentaba putas registradas. No obstante, en su momento, el emperador Calígula las desairó inventando un nuevo impuesto que les hacía pagar el precio de una de sus visitas.<sup>22</sup> Los honorarios, que eran elásticos variaban en proporción a la dedicación y al talento. Algunas meretrices deseosas de progresar aderezaban su rutina con poesía, canto, música y danza; otras, siguiendo el ejemplo griego, se alquilaban a algún artista como modelo para pintar sus diosas.<sup>23</sup>

En Pompeya, la ciudad situada frente a las azules aguas de la bahía de Nápoles y conocida por sus salsas de pescado, sus coles y su vida picante y animada, las prostitutas publicaban sus servicios borroneando las paredes con *graffiti*. Así, sobre un asiento cercano a la ciudad se leía:

*Si alguien se sienta aquí, lea en seguida este anuncio: el que quiera coger busque a Ática. Es de 16 ases.*<sup>24</sup>

O este otro, que anunciaba una especial aptitud

*Lais chupa por dos ases.*<sup>25</sup>

En ocasiones, abandonaban la reclusión del lupanar para ubicarse bajo los pórticos, en el circo y en el teatro. Y algunas frecuentaban a los personajes más distinguidos. El emperador Domiciano (51-96) se bañaba democráticamente con ramerías, y Mesalina (?-48), esposa de Claudio, inspirándose en ellas, encontró en el lascivo trajinar de sus riñones un medio de mejorar sus ingresos.<sup>26</sup> Y hubo, todavía, quienes fueron capaces de suscitar en sus clientes sentimientos tan fogosos como duraderos. A Corina, una linda puta, Ovidio, tan enamorado como sufriente, la amonestó en versos por su labor, *Amori*, X:

*Si los deleites de Venus han de ser gratos y comunes a los dos, ¿por qué la una los vende y el otro los paga?*<sup>27</sup>

Durante la Edad Media la incorregible profesión se adaptó, dúctilmente, a esos tiempos rudos pero ebrios de fe... ¡y floreció en los conventos! Y, en verdad, era ese un ámbito propicio. La Iglesia intentó imponer la castidad, pero es imposible ahogar la Naturaleza. Es necio pensar, decía Boccaccio (1313-75), que por ponerle encima a una joven una toca blanca y una vestidura negra ha dejado de ser mujer. Y para demostrar su argumento, en la segunda de las jornadas de su *Decamerón* (1353) narra la Historia del joven Masetto que, fingiéndose mudo, se hace hortelano se un monasterio de monjas que porfían porque él les "labre el huerto". Primero una, después otra y hasta la misma abadesa, luego de verlo dormir alzado de ropas a la sombra de un árbol, se hacen "cabalgar por el mudo". Finalmente, el exhausto labrador, recuperando la voz, protestó que satisfacer a tantas podría irrogarle grave daño, porque es sabido que un "gallo se basta para diez gallinas, pero ni a un diez hombres se bastan para una mujer".<sup>28</sup> y con una hilarante historia de la novena jornada completa su tesis. Una abadesa sorprendida en su cuarto retozando con un cura se levanta atolondradamente, y al vestirse a oscuras en vez de colocarse sus velos se pone en la cabeza el calzoncillo del sacerdote. Al descubrirse su error, "y sin escape posible, no puede sino alegar que es absurdo resistirse a los asaltos de la carne, y dando a todas las monjas licencia para divertirse a gusto "se fue a dormir con su cura".<sup>29</sup>

Los relatos son cómicos, pero sólo cubren con la risa la lujuria oculta, que era seria y era mucha. Tanta que muchos conventos con el paso del tiempo se convertían en burdeles. Y fue tal el auge, que se sucedieron las denuncias y las prevenciones: Carlomagno (742-814) ordenó una estricta vigilancia para evitar la "prostitución, embriaguez y codicia" entre las monjas;<sup>30</sup> el obispo Ivo de Chartres (1035-1115) descubrió monjas trabajando de rameras en el monasterio de Santa Fara; Abelardo (1079-1142), el monje castrado, también sabía de estos tratos en algunas cartujas francesas, y el papa Inocencio III (1161-1216) describía la abadía de Santa Ágata como un lupanar.<sup>31</sup>

Las putas mudaban de ropa pero no de profesión...

## VI

Durante el *quattrocento* las rameras pululaban. En Roma y Venecia, con emprendedor espíritu comercial, editaban catálogos con nombres, direcciones y tarifas. Las vulgares, las *cortigiane di candela*, alborotaban las mancebías, y las más finas, las *cortigiane oneste*, con ricos vestidos, cultivado espíritu y donosa conversación competían en el porte con las más respetables matronas.<sup>32</sup> Vivían en barrios distinguidos, se hacían acompañar por sirvientes y practicaban una selecta promiscuidad. Muchas, estimuladas por la tradición griega y romana, adoptaron nombres clásicos: Camila, Polixena, Pontesilea, Tulia. Una de ellas, Imperia de Cugnatis fue modelo de la Safo del *Parnaso* de Rafael (1483-1520); otras eran de ilustre prosapia, como la rubia Tullia d'Aragona, hija ilegítima del cardenal de Aragón. Y hubo una tan famosa, Faustina Mancina, que con su

muerte acongojó a media Roma, dando ocasión a que el mismo Miguel Ángel (1475-1564), más sensible a los músculos viriles que a las carnes femeninas, escribiera un soneto en su memoria.<sup>33</sup>

Agnès Sorel, en Francia, era otra de ellas. A través de diez años fue la *meretrix honesta* de Carlos VII (1422-61). Huérfana en la niñez, había sido educada en buenos modales por la duquesa de Lorena, quien la llevó a la corte. Su risa juvenil, sus retozos, su gracejo y sus trenzas castañas cautivaron al rey. Agnès no sólo le fue fiel hasta la muerte sino que además gracias a sus artes voluptuosas transformó su modo de ser indolente y cobarde en un carácter tenaz y animoso.<sup>34</sup> Ella, entre las sábanas, provocó la metamorfosis, iniciando así la reconquista del reino de manos de los ingleses. Tiempo después, otro rey, Francisco I (1515-47) elogió a la "Dama de Belleza" por haber servido a Francia mejor que cualquier monja enclaustrada. Muchos religiosos que exaltaban a Juana de Arco decían que la victoria se debía a la intervención de una virgen, pero el gallardo monarca, experto, en amores, prefirió conceder ese mérito a la labor de una puta:

*Gentil Agnès, más honor tú mereces, siendo la causa recuperar Francia, que lo que puede en un claustro conseguir monja encerrada o devoto ermitaño.*<sup>35</sup>

## VII

Este negocio, de cualquier modo, nunca supo de fronteras.

En Alemania los obispos de Estrasburgo y Maguncia gozaban de las rentas de prósperos prostíbulos, y era propio de la época poner las *Frauenhauser*, casas de mujeres, a disposición de invitados distinguidos. Y algunos lo agradecían públicamente, como el rey Segismundo (1387-1437), que se sintió muy complacido con el agasajo venéreo que le brindaron las ciudades de Berna y Ulm.<sup>36</sup> En Suiza, Calvino (1509-64), el severo reformador religioso, pudo observar, escandalizado, que un barrio íntegro de Ginebra estaba invadido por ramera que habían establecido con la *Reine du bordel* su gobierno propio.<sup>37</sup> En París, las *filles*, como en la antigua Grecia, tenían un escalafón: la *chèvre coiffée*, la cabra peinada, para la corte; la *petrel*, el ave canora, para la burguesía, y la *pierreuse*, que vivía en sótanos de piedra, para atender las necesidades de los pobres.<sup>38</sup> En tiempos de Luis XIV (1643-1715) hubo una joven, Ninon de Nenclos, casi tan famosa como él. Esta bella y resucitada hetera tocaba el arpa, cantaba, hablaba español e italiano y... era puta desde los quince años. La visitaban, esperando su turno, varios miembros de la corte, y hasta del extranjero viajaban a conocerla. En 1677 su ascendente carrera alcanzó su apogeo cuando fue presentada al rey.<sup>39</sup> La cortesana, que vivió hasta los noventa años, sostenía que la belleza sin gracia era un anzuelo sin carnada, y mostrando que uno de sus encantos era la inteligencia legó en su testamento 2000 francos a Voltaire para la compra de libros. En Inglaterra las ramera vivían un momento de esplendor: no existía taberna, posada, parque, baile o teatro de Londres donde no ofrecieran sus dulces servi-

cios.<sup>40</sup> El pintor William Hogarth, que se especializó en ellas, y no sólo artísticamente, las pintó para la posteridad en seis exitosos cuadros .que tituló *Vida de una meretriz* (1731). Y en... pero, ¿vale la pena seguir? No aprenderíamos ya nada nuevo. La prostitución es la profesión más antigua pero también la más lozana. Siempre se mantiene igual y cualquier innovación no es más que un remedo del pasado. Ella no cambia nunca, como no cambian, tampoco, las mujeres y los hombres.

## VIII

Pues bien, sabemos ahora de la antigüedad de las putas y de su extensión en todos los pueblos; sabemos también que han soportado a menudo los reglamentos y gabelas que les imponía un fisco voraz, al que, no obstante, supieron ofrecerle generosas donaciones; que muchas llevaban una vida miserable y atendían a sus clientes en chozas tenebrosas pero que otras disfrutaban en la opulencia y los hospedaban en espléndidas mansiones; que frecuentaban desde los seres más viles hasta los hombres más ilustres; que ofrecieron sus cuerpos como modelos a los más grandes artistas y su ingenio como estímulo a los más destacados pensadores; que influyeron a veces en la marcha de los gobiernos a través de los políticos que cobijaban en su cama; como sabemos, además, que estas impúdicas mujeres. ¡tuvieron y tienen hijos!, a los que llamamos, con toda propiedad... *hijos de puta*.

Pronto nos ocuparemos de ellos.

### *Capítulo III*

## **MADRES VÍRGENES**

La leyenda que nos cuenta que los reyes latinos nacieron de madres vírgenes y padres divinos se hace un poco más inteligible porque los cuentos de esta clase, aislados de sus elementos fabulosos, significan ni más ni menos, que una mujer ha sido preñada por un desconocido.

JAMES GEORGE FRAZER  
*La rama dorada,*  
XIV (1922)

## I

Que una puta tenga un hijo nos resulta un hecho natural. Es algo que está en el orden natural de las cosas: la mujer se acuesta con un hombre y luego de nueve meses de progresiva hinchazón su cuerpo lanza una nueva criatura al mundo. Su promiscuidad, además, lo facilita todo. En cambio, nos resulta increíble que pueda hacerlo una hembra en la que ningún macho depositó su leche. Una mujer... ¡que nunca cogió! Un hijo de una madre virgen...

¿Es acaso eso posible?

No. Por supuesto que no. Al menos en el mundo real. El único que conocemos y... ¡el único que existe! Pero sí puede suceder, en cambio, en la fantasía o en los sueños. En el mundo imaginario todo es posible. Y allí, por supuesto, desde los tiempos más remotos encontramos a menudo madres vírgenes. Es un tema típico en las leyendas: ellas se alimentan de los sueños, y los hombres siempre han soñado.

## II

La fábula de la madre Virgen es muy antigua.

Chigemouni, el Salvador Mongol, eligió la virgen más perfecta de la tierra, Mahaenna o Maya, y la impregnó penetrando en su oreja derecha durante el sueño.<sup>1</sup> Y por el mismo lugar se introdujo el dios solar hindú Surya para fecundar a la intacta princesa Hunti y traer a Karna al mundo.<sup>2</sup> En Egipto, la casta madre del faraón Amenofis III fue embarazada mediante el aliento del fuego celestial.<sup>3</sup> Y los frigios, por su parte, también tuvieron un héroe nacido milagrosamente: Atis. El hermoso joven, que había sido amado por la diosa Cibeles y en cuyo homenaje se castró, había sido concebido por la virgen Nana al ponerse una granada entre sus tetas.<sup>4</sup>

## III

Muchos griegos tuvieron un nacimiento inmaculado.

El oráculo de Delfos anunció a Acriso, gobernante de Argos, que sería asesinado por su nieto. El rey, para torcer el funesto designio, encerró a su hija Dánae en una torre de hierro donde ningún varón pudiese tocarla. Y allí, desde entonces, la joven en solitaria clausura pasaba los días consumida por el pesar. Pero sucedió que Júpiter, conmovido por el llanto de la virgen dolorosa, decidió consolarla. Y convertido en lluvia de oro, en infinitas gotas doradas, regó el vientre de donde saldría Perseo. El padre, no obstante, que no creyó en la historia de la inseminación gaseosa que le contara Dánae, la encerró junto a su bebé en un cofre y los arrojó al mar.<sup>5</sup> Correggio (1489?-1534), el artista de Parma que dulcificaba las formas, pintó estas bodas celestes en una de sus obras más inquietantes. La linda prisionera, de cuerpo redondeado y rosadas carnes, abre

acogedoramente sus piernas mientras un heraldo alado aparta suavemente los paños que cubren su regazo para que el señor del Olimpo, transformado en una nube en la que se destaca la silueta aguzada de su pija, la penetre divinamente.<sup>6</sup>

El lujurioso dios compartía, a veces, la labor de fecundación con el propio marido. Alcmena le había hecho prometer a su esposo Anfitrión que no la desvirgaba hasta haber vengado a sus hermanos. Y él partió a cumplir el pacto. Júpiter no desperdició la ocasión, y valiéndose de su omnipotencia se transformó en el viajero y se presentó a la mujer. La doncella, engañada por el ardid, le entregó su tesoro. Sin embargo tuvo lugar un hecho inesperado: al final de la larga y voluptuosa noche... ¡regresó el genuino Anfitrión!, quien, abrasado de amor, también se regodeó en su concha. Y de ese doble abrazo, humano y divino, nació Hércules. Uno de los hermanos de Júpiter, Neptuno, practicó igualmente la procreación balanceada: la joven Etra recibió entre sus vírgenes brazos en una misma noche al dios de los mares y a su estéril consorte Egeo, viendo Teseo el fruto de esa colaboración solidaria.<sup>7</sup>

Asimismo hubo filósofos que conocieron padres celestiales: los últimos discípulos de Pitágoras (VI a.C.) hicieron de él un hijo de Apolo,<sup>8</sup> y era fama en Atenas, viviendo aún Speuzipo, nieto de Platón (427?-347 a.C.), que este era hijo de la bella virgen Perictiona y el mismo dios, ya que Aristón, su esposo, a pesar de su ardiente deseo, no la tocó hasta después del parto por habersele presentado Apolo en algunas visiones.<sup>9</sup>

Alejandro Magno (356-323 a.C.) tuvo un origen similar. A su madre Olimpia, siendo aún doncella, en medio de una tormenta de truenos le cayó un rayo en el vientre. A su vez Filipo, su marido, después de celebrado el matrimonio tuvo un sueño en el que le pareció que sellaba el vientre de su mujer y que el sello tenía grabada la imagen de un león. Los adivinos consultados afirmaron que la imagen sólo aludía a que el rey debía vigilar más cuidadosamente a su esposa; pero Aristandro de Telmisio dijo que aquello significaba que la mujer estaba embarazada, puesto que lo que esta vacío no se sella, y que el niño sería valeroso como un león. Tiempo después, para terminar con las dudas, Olimpia le comunicó a Alejandro que era hijo de Júpiter, quien en una noche oscura y lluviosa la penetró con su rayo.<sup>10</sup>

## IV

También existieron romanos nacidos de dioses y madres vírgenes.

Eneas huyendo de Troya llegó a las playas de su nueva patria dejando atrás un viaje largo y penoso. Allí se casó con Lavinia, hija del rey del Lacio, y mucho tiempo después Numitor, un descendiente suyo, ocupó el trono de Alba Longa. Un usurpador, Amulio, lo destronó, y para evitar molestos herederos mató a sus hijos y consagró a su hija Rhea Silvia como vestal. La concupiscencia divina, no obstante, burló sus planes, ya que un día que la joven se echó sobre las arenas que bañaba un río y "abrió sus pechos para apresar la brisa"<sup>11</sup> fue, para su sor-

presa, apresada a su vez por los vigorosos brazos de Marte, que dejó en sus entrañas la simiente de los mellizos Rómulo y Remo" (VIII a.C.).<sup>12</sup> Servio Tulio (VI a.C.), el sexto rey de Roma, que según la leyenda fue un siervo fugitivo de nombre Mastarna, fue engendrado por un, dios en la esclava Ocrisia<sup>13</sup> y el historiador Tito Livio sospecha que el primer Escipión, que fuera gravemente herido a orillas del río Tesino cuando enfrentaba al cartaginés Aníbal, atribuía su nacimiento a la unión de Júpiter con su madre.<sup>14</sup>

Igualmente divino fue el nacimiento de Augusto (63 a.C.-14 d.C.). Acia, su madre, nos cuenta Suetonio, *Octav*, XCIV:

*habiendo ido a medianoche al templo de Apolo para un sacrificio solemne, quedó dormida en la litera mientras marchaban las otras mujeres; entonces se deslizó a su lado una serpiente y se retiró algunos momentos después; al despertar se purificó como si hubiese salido de los brazos de su esposo, y desde aquel momento tuvo en el cuerpo la imagen de una serpiente que nunca pudo borrar de suerte que jamás quería mostrarse en los baños públicos; y Augusto, que nació nueve meses después, pasó, por esta razón, por hijo de Apolo.*<sup>15</sup>

## V

Isaías anunció a los judíos la aparición de una madre virgen. Sucedió cuando en tiempos del rey Acaz los reyes de Siria e Israel marchaban en son de guerra contra Judá. Acaz imploró, tembloroso, el socorro de los asirios, pero el profeta lo tranquilizó diciéndole que en señal de que dios estaba de su lado una doncella concebiría y pariría un hijo con el nombre de Emmanuel o "dios con nosotros".<sup>16</sup> Y los cristianos tuvieron a María. El ángel del señor le había anunciado que la sombra del Altísimo caería sobre ella y su vientre daría fruto. Y la muchacha antes de coger con su esposo quedó embarazada. José al enterarse quiso abandonarla, pero Gabriel, el mensajero de dios, se le apareció en sueños y lo disuadió: María estaba preñada por obra del Espíritu Santo. Entonces el carpintero, conmovido, no se unió a ella hasta después del parto.<sup>17</sup> Y en él nació Jesús.

Pero, ¿cómo tuvo lugar la divina concepción? Según una arraigada tradición de la Iglesia, por la introducción en su oreja del Espíritu Santo. San Agustín (354-430), *Sermo de Tempore, XXII*, es en esto rotundo:

*Deus per angelum loquebatur et  
Virgo per aurem impregnabatur.*<sup>18</sup>

"Dios le habló por intermedio del ángel e impregnó a la virgen a través de la oreja."

En el arte a veces el Espíritu Santo es representado por una paloma; a veces por un ángel, que, de cualquier manera, tiene alas. En la Edad Media el tema fue pintado en muchas ocasiones: Ambrogio Lorenzetti (?-1348) en la Pinacoteca de Siena y Simone Martini (1285-1344) en el Museo Real de Bellas Artes de Ambe-

res representaron al ave fecundante en vuelo hacia la *madonna*. En las pinturas de Fra Filippo Lippi (1406-69) en el convento de San Marco de Florencia, de Gaddi (1300-66) en Santa María Novella y de Benozzo Gozzoli (1424-98) en el Campo Santo de Pisa está, incluso, casi tocando su cabeza. Y en la *Anunciación* de Martini, que se encuentra en la Galleria Uffizi en Florencia, el aliento emitido por el ángel se introduce directamente en su oreja.<sup>19</sup>

La doctrina, sin embargo, no es pacífica. Ni en San Juan ni en San Pablo se hace mención de una concepción virginal. Y el último, más bien, parece inclinarse por una inseminación compartida, ya que dice de Jesús, *Epístola a los romanos*, I, 3-4:

*que nació, según la carne, de la simiente de David; pero que se mostró potente, como hijo de Dios, según es espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.*

## VI

El mito, a veces, se enriquece incorporando animales, aunque sin alterar por ello su argumento, como en el caso del toro sagrado Apis de los egipcios, una reencarnación del dios Osiris, que había nacido de una vaca virgen y un rayo de luna;<sup>20</sup> otras veces se nos presenta con un sabor indígena, como cuando en la conquista del Río de la Plata el español Juan de Garay debió combatir con el cacique guaraní Oberá, que era hijo de un dios y una, doncella;<sup>21</sup> y en ocasiones...

Mejor nos detenemos aquí. Es evidente que la fábula de la madre virgen no sólo es muy antigua sino también muy frecuente. Son muchas las leyendas pero una sola la historia; sólo variaciones sobre el mismo tema. Y las notas comunes son obvias; en la mongol Mahaenna, la hindú Hunti y la cristiana María la impregnación tiene lugar por la oreja; los dioses o mensajeros anuncia su voluntad a Aristón, Filipo, María Y José por medio de sueños y visiones; tanto Amenofis III como Jesús nacen porque sus madres reciben el aliento celestial; a veces ya sea el padre, como en el caso de Acrisio, o el marido, como en el caso de José, desconfían del relato de su hija o esposa; ni Aristón ni José se unieron a sus mujeres hasta después del parto; algunos niños nacidos de madres virginales como Hércules, Teseo o Jesús lo son obra de una fecundación compartida, y todas las jóvenes, Mahaenna, Hunti, Dánae, Rhea Silvia, María... fueron vírgenes preñadas por dioses.

La reiteración de motivos nos confirma la unidad de la trama.

## VII

El mito, en todas sus versiones, tanto esconde como delata. Afirma que una mujer se embarazó sin coger y al mismo tiempo a través de sus copiosos símbolos... ¡lo desmiente! Y esto, aunque curioso, es comprensible ya que los mitos no

son más que los sueños de la humanidad primitiva. Y es sabido que el sueño, a menudo, dice lo contrario de lo que muestra. Pero su mensaje, en su peculiar idioma de veladas alusiones y sugestivas imágenes, es, no obstante, inequívoco. Porque, ¿qué son sino clásicas representaciones de la pija la serpiente que rodeó a Acia, el rayo que penetró a Olimpia, el polvo que embarazó a Dánae, la paloma que voló hacia María o la granada que Nana puso entre sus pechos?

La larga serpiente que se estira y encoge como el pene, es, tal vez su emblema universal, e igualmente lo era en la antigüedad el "rayo" del señor del Olimpo, como bien lo sabían los latinos en sus poemas licenciosos, *Corpus Priapeorum* (I d.C.):

*¿Por qué tengo al descubierto mis partes obscenas quieres saber? Pues averigua por qué ningún dios oculta sus armas. El señor del mundo, rey del rayo, lo muestra abiertamente...*<sup>22</sup>

El "polvo" que fecundó a Dánae es todavía hoy entre nosotros una típica "mala palabra" para aludir al coito; el "pájaro" que visitó a María además de ser una alusión obscena habitual en la vida cotidiana es el consagrado símbolo tras el cual, en forma de paloma, se escudó Júpiter para seducir a Phtheia en una de sus tantas expediciones amorosas;<sup>23</sup> al que acudió el poeta Catulo (87-54a. C.) para denunciar la salacidad de César (100-44 a.C.) llamándolo *columbulus albus*, blanco palomo, y en el que se inspiraron los romanos para fabricar los falos alados, sus amuletos preferidos; y, finalmente, la granada que Nana se pone entre sus tetas nos remite a la difundida costumbre de poner la pija justamente allí, durante los juegos amorosos.

Y por otro lado, ¿no constituye, acaso, un inocente disfraz de la concha la juvenil y receptiva oreja de Mahaenna, de Hunti o de María?

La oreja, con el blando y suave tejido de su lóbulo y los pliegues del pabellón que rodean y precisan el agujero del conducto auditivo, han sido siempre una muy adecuada representación de la vulva y como tal, ha ocupado muchas veces su lugar y también sus funciones. Conocido es el extraordinario nacimiento de "Gargantúa, *Gargantúa y Pantagruel* (1553-62): Gargamella, su madre, comenzó a sentir dolores en el bajo vientre y su esposo, Grandgousier, la socorrió tendiéndola en un saucedal. Poco después, entre gritos y suspiros, las comadronas que la tocaron advirtieron que como había comido callos en exceso... ¡estaba toda cagada! Por último, una horrible vieja le aplicó un astringente tan espantoso que se obturaron, irremisiblemente, las paredes de la vagina:

*Por ese inconveniente se relajaron en exceso los cotiledones de la matriz, por los cuales saltó el niño, y entró en la vena aorta, ascendió por el diafragma hasta arriba de los hombros (donde dicha vena se divide en dos), se encaminó por la izquierda y vino a salir por la oreja de este lado.*<sup>24</sup>

La oreja ha sido por lo tanto, a veces, un orificio de parto, pero también lo fue

de concepción. Por allí, a menudo, se ha entrado y salido.

Rabelais (1490?-1533) nos habla de la oreja como un lugar de alumbramiento: su compatriota Molière (1622-73), como un sitio de fecundación. En su *Ecole des femmes*, Act. V, Esc. 4 (1662), Anolphe dice que Agnes le ha preguntado,

*Con una inocencia que a nada asemeja si los hijos se hacen por la oreja.*<sup>25</sup>

La leyenda intenta negar la voluptuosa unión carnal entre el macho y la hembra, pero lo reprimido, la pija y la concha retorna enmascarado en una exuberante variedad de símbolos. Y de ese modo se da la paradoja de que mientras la fábula de la madre virgen conscientemente nos habla de las peripecias de una doncella, inconscientemente nos cuenta la historia... ¡de una hembra que cogió! El contenido manifiesto del relato, igual que en los sueños, disimula otro latente que no sólo es opuesto sino incompatible. La realidad histórica es muy diferente de la que el mito pregona: no hubo madres vírgenes porque siempre alguien las preñó. Aunque nunca se lo mencione, y se lo ignore, y nada se hable de él...

## VIII

Sir James Frazer dice que los cuentos de esta clase se hacen más comprensibles cuando se advierte que en el fondo significan, ni más ni menos, que una mujer ha sido embarazada por un desconocido. Ha existido un hombre pero se ignora su identidad. Y es muy posible que así sea. Pero cabe, también, otra interpretación que no contradice a la anterior sino que la amplía. ¿Y si no fuese un padre incógnito? ¿Si fuera conocido pero se lo quisiese excluir? ¿Si existiera pero se lo negara?

La fábula no sería, de esta forma, obra de la ignorancia sino de la represión. La conjetura es, en verdad, interesante... ¿Avanzamos un poco más?

Continuemos.

## *Capítulo IV*

### **LA MADRE PUTA**

La común fantasía infantil de que su madre es virgen significa un rechazo de cualquier papel jugado por el padre en el propio nacimiento y la celosa aversión a la idea de relación sexual entre ellos.

ERNEST JONES  
*El psicoanálisis y la  
religión cristiana (1930)*

## 1

El varón convivió desde siempre con vírgenes y putas. Y, por supuesto, nunca ignoró que las rameraas tienen hijos y ha oído, además, que hace mucho tiempo hubo doncellas que los tuvieron también. ¡La madre puta y la madre virgen! ¿Es acaso posible imaginar dos hembras más distintas, más opuestas, más distantes? Aparentemente no y, sin embargo... ¿no podría suceder que la distancia fuese sólo ilusoria? Si así fuera no se hallarían tan lejos una de otra. Y hasta sería posible que fuesen vecinas. Y que estén, incluso, tan juntas que constituyan... ¡un solo ser! Al fin y al cabo, ¿no serán la madre puta y la madre virgen los dos rostros de una sola y misma mujer?

## II

"¡Mamá es mía!", protesta el niño mientras se estrecha contra sus amadas tetas. Y ese no es sólo un gesto de amor sino también de desafío: papá es el rival. Él es el hombre que goza todas noches, cuando se acuesta, del hospitalario regazo de su madre y de su adorable calor. El pequeño, en cambio, es en esa cama únicamente un forastero, un ocasional invitado. Es cierto que a veces irrumpe durante la noche, se acurruca a su lado y goza del olor familiar de su carne, pero también es cierto que, tarde o temprano, lo devuelven a su lecho solitario. Y ellos se quedan juntos. Y no sólo duermen sino que, además, ¡se acarician y se besan y se...!

Si un hombre sorprende a su mujer cogiendo con otro reaccionará, seguramente, con odio y violencia. A menos que el miedo lo inhiba, o que sea un perverso. Es este un suceso tan dramático que gran parte de la literatura y el teatro universal se inspiran en él:

*Mejor quisiera ser hediondo sapo  
Y el aire respirar de un calabozo  
Que preservar en el amado seno  
Breve rincón para el ajeno goce*

es la desesperada queja de Otelo.<sup>1</sup>

Pero, en cambio, ¿qué puede hacer el hijo cuando sabe, porque intuye, porque oye y porque ve, que en la cama o habitación contigua su madre, impúdica, otorga a su padre sus más íntimos favores?

Nada.

O al menos nada comparable al dolor que le infligen los celos, a la angustia que le provoca la infidelidad de la mujer que tanto quiere. Su menuda anatomía le impide una respuesta gallarda y no puede reparar el agravio. ¿Qué actitud adopta, por lo tanto, el diminuto Otelo? Acude a un expediente tan atávico como infantil, y lo que no puede modificar... ¡lo niega!

Es por medio de este primitivo recurso como el niño enfrenta el conflicto más grande de su joven vida. Se miente, inconscientemente, a sí mismo, y en el ingenuo esfuerzo adultera la realidad. Todo lo subvierte en su implacable tarea: la madre voluptuosa es expulsada de la mente y sólo permanece en ella, etérea y pura, la madre virgen. Los lujuriosos espasmos del cuerpo no existirán ya más para ella. Aunque, en verdad, tal vez sea mejor decir que... ¡no existieron nunca! Pero, siendo así, ¿de qué manera, entonces, se acordó su llegada al mundo? No importa. Él nació sin que papá la tocara... ¡mamá es virgen!

### III

La negación es, pues, la fuente del mito. Surge de ese primitivo gesto para enfrentar el sufrimiento. En las leyendas sólo se consolida una fantasía compartida por todos; una ilusión que nace y se renueva en cada criatura. Las veneradas fábulas mongol, hindú, frigia, cristiana guaraní podrían repetirse *ad infinitum*, ya que existen tantas madres vírgenes como hijos. Y esa es la razón por la que estos cuentos prenden tanto en el alma de los hombres: todos recurrieron en la infancia a la misma negación, a la misma estrategia para luchar con el dolor. Por, eso les resulta fácil aceptar lo inverosímil...

La creencia infantil en la madre virgen perdura tanto en el espíritu que sus inconfundibles vestigios se advierten en, cualquier adulto: ¡ninguno tiene una imagen de su madre *cogiendo!* Nadie recuerda nada. Una persistente nebulosa envuelve la vida amorosa de sus padres. En esto no hay quien tenga ideas claras y distintas: "no se me ocurre nada", "ellos eran muy fríos", "a mamá no le gustaba", "eran otras épocas", "jamás lo hacían", "no me los puedo imaginar", "estaban en otra cosa"... son algunas de sus monótonas respuestas, tan oscuras como endebles, si bien todas, no obstante, tienen un rasgo común: mamá era fría, púdica e indiferente. En esta especie de confabulación silenciosa una sola conclusión es segura: mamá ni *cogía*, ni *chupaba* la *pija*, ni...

La fábula de la madre virgen nace siempre en la infancia, tanto del hombre como de la humanidad. Y en cualquier caso es el niño quien la crea, porque un niño y no otra cosa es, en su mente, el hombre primitivo. Y es esta uniformidad pueril, justamente, la que otorga al mito toda su vigencia y todo su poder.

### IV

Pero si la madre virgen es una fantasía, la madre *puta* es real.

Toda madre es para su hijo, inconscientemente, una *puta*, ya que es tan promiscua como ellas... ¡lo engaña con papá!, y además porque adopta sus mismas posiciones lascivas en la cama. La imagen de los padres *cogiendo*, aunque se niegue, está en el alma de todos. Y es tan importante esta visión que el psicoanálisis acuñó un nombre especial para bautizarla: *die Urszene*, la escena primaria.<sup>2</sup> Es posible, incluso, que constituya una herencia arcaica, ya que en el espíri-

tu del hombre no sólo influyen sus propias vivencias sino que además, como en los animales, la experiencia propia se enriquece con la de la especie. Tanto impresionó a la mente de nuestros antecesores la repetida escena en que sus padres unían apasionadamente sus cuerpos que la transmitieron a su prole.<sup>3</sup> Por eso el hijo, ahora, aunque no los vea u oiga, igual los presiente e imagina.

Un famoso paciente de Freud, "el hombre de los lobos", contempló la lúbrica escena cuando sólo tenía... ¡un año y medio!<sup>4</sup> El acontecimiento tuvo lugar en el verano. Como la criatura padecía de fiebre palúdica se hallaban todos juntos en la alcoba. El pequeño dormía en su cunita y ellos estaban echados, casi desnudos, en la cama. Durante la tranquila siesta se acariciaron y besaron largamente hasta que el hombre, no soportando más la calentura, le metió la pija en una de las voluptuosas posiciones que cantara Ovidio, *Artis Amoris, III*:

*Que apriete el colchón con sus rodillas,  
la nuca un poco doblada,  
aquella que tiene bello el largo  
de su flanco.*<sup>5</sup>

¿Qué podría comprender un niño tan pequeño?

Es este el razonamiento típico de los padres. De allí que no sea nada raro que durante el psicoanálisis nos comuniquen episodios de este tipo. Habitualmente tienen lugar durante la tierna infancia de sus hijos, porque cuanto más grandes son más se cuidan de exhibirse. Un joven e inteligente médico, tan negligente en su vestimenta como puntilloso en su pensamiento, padre de tres chicos, me relató la pesadilla de su hijo menor de cinco años: "Carlitos veía que entraba un águila por la ventana". Sin titubear le pregunté si esa noche no había cogido con su mujer, a lo que, sorprendido y un poco desorientado, me respondió que sí. Indudablemente había yo actuado como un buen detective, aunque, justo es reconocerlo, el sueño me había brindado una sólida pista, ya que la ventana, un agujero, es un símbolo tan típico de la concha como el águila, un pájaro, lo es de la pija. La pesadilla de Carlitos no era sino la reproducción de la escena primaria que ocurría en la pieza contigua. A la sesión siguiente mi desconfiado interlocutor me informó que para verificar mi interpretación le había preguntado a su hijito si el águila no sería en realidad el *pito*, conjetura que el chico rechazó alegando que "el pito no vuela", aunque lo que negó con las palabras lo confirmó con su conducta porque inmediatamente se mostró más distendido y risueño.

En otra ocasión un empresario exitoso, dicharachero y gordo, que se había casado siendo ya mayor y tenía sólo un hijo de cuatro años, me contó que al despertarse temprano a la mañana se encontró con que su mujer, desnuda, dormía con las piernas provocativamente abiertas. Se calentó, se calentaron... y al poco rato se solazaban juntos. Pero sucedió que, justo cuando estaban a punto de acabar, el pequeño, que dormía en la habitación de al lado con la puerta cerrada, empezó inesperadamente a gritar: "¡Teléfono!, ¡teléfono!...". Evidentemente los jadeos, suspiros y espasmos de sus padres, al modo de una ruidosa cam-

panilla, no lo dejaban dormir.

La noticia más clara y contundente, no obstante, no se la debo a ningún paciente sino a una bella y simpática mujer que me confió que una noche al terminar de *fare l'amore* con su marido, en la postura que sugería el poeta romano:

*Si eres linda de cara, acuéstate de espaldas.*<sup>6</sup>

descubrió, asombrada, que, su hija de un año y siete meses que dormía en su mismo cuarto, se encontraba parada y apoyada en los barrotes de su cuna con los ojos muy abiertos... ¡contemplando el espectáculo!

Tan temprana fue su primera experiencia pornográfica...

## V

Las poses lujuriosas son, propiamente, las especialidades de las ramerías. Sin embargo desde las nueve posiciones que en la antigüedad enumeraba la poetisa Elefantis, cuyos libros atesoraba el emperador Tiberio (42 a.C.-37 d.C.), pasando por las dieciséis que en el Renacimiento pintara Giulio Romano (1498-1556), el discípulo de Rafael, y comentara el Aretino (1492-1556), el escritor cáustico y obsceno, hasta las innumerables que hoy nos ofrece un mercado pletórico, no son sino copias de las que adopta espontáneamente cualquier mujer que se abandone, voluptuosamente, al deseo. Aquí no existen privilegios, porque es el instinto quien, democráticamente, las inspira a todas. Por eso la madre, al mostrar en la escena primaria sus posturas, se revela al hijo como una *puta* genuina.

Los poetas no inventan posiciones pornográficas; sólo registran las que las hembras crean. Así, Aristófanes en *La Paz*, V:

*De modo que se puede, levantándole las piernas, cumplir en lo alto los misterios.*<sup>7</sup>

o en *Los Pájaros*, V:

*...la mensajera levanta primero las piernas y yo la atravieso.*<sup>8</sup>

o en *Lysistrata*:

*A la mujer le gusta montar a caballo y tenerse firme.*<sup>9</sup>

El romano Horacio (65-8 a.C.) en sus *Sátiras*, II, también aporta:

*...desnuda, bajo la clara lámpara  
holla lascivamente con sus nalgas  
al caballo tumbado.*<sup>10</sup>

Y no falta Lucrecio (99?-55? a.C.), *De Rerum Natura*, IV:

...a la manera de las fieras se considera que las mujeres conciben mejor.<sup>11</sup>

Algunas de las posturas que el niño observa en la escena primaria, su primer *porno-show*, dejan en su ánimo el anhelo de verlas otra vez. Las lascivas poses de la madre se graban para siempre en la memoria del hijo.

Y esos recuerdos inconscientes lo impulsarán, ya hombre, a buscar hembras que las repitan.

Esa es la razón por la que el "hombre de los lobos", que de pequeño vio a su padre cogiendo desde atrás a su madre arrodillada, sintió durante toda su vida una especial predilección por las mujeres... ¡agachadas y ofreciendo su culo!

La madre es un ejemplo en todo...

## VI

De cualquier modo, por supuesto, no todas las madres son tan bellas como Friné, promiscuas como Mesalina o expertas como Ninon de Nenclos. Pero tienen en común que son hembras y es suficiente. Es posible, también, que algunas sean feas, melindrosas o frías, pero aun la más indiferente a los placeres de la carne, para tener un bebé por lo menos... ¡una vez cogió! Y con eso para el hijo basta, porque para el inconsciente *puta* no es tanto la mujer que cobra por sus servicios como la que es seductora, impúdica o promiscua.

Y el estudio del lenguaje así lo prueba.

La etimología del vocablo es ilustrativa. *Putta* deriva del latín vulgar *pūtta*, muchacha, y es muy sugestivo que en otras lenguas el término correspondiente para "muchacha" o "niña" termine queriendo decir ramera, como sucede con el español *puta*, el alemán *dirne*, el italiano *puttana* o el francés *fille*.<sup>12</sup> Como también es curioso que *son of the bitch*, el equivalente inglés de nuestro hijo de puta, signifique hijo de perra.<sup>13</sup> Y estos datos son, sin duda, muy valiosos, porque, ¿qué es lo que tienen en común una perra y una muchacha con una ramera?: ¡que las muchachas son seductoras y las perras impúdicas y promiscuas! Y en ningún caso se alude al dinero. Además es así como se usa la palabra, por lo común, en el lenguaje habitual. Cuando un hombre dice a su esposa, novia o amante: "¡Quiero que seas más puta!", no le está pidiendo, obviamente, que comercie con su cuerpo. La está exhortando a que sea más libre, más relajada, más hembra...

Una regocijante anécdota de un auténtico precursor del psicoanálisis, el francés Brantôme (1540-1614) en su clásica obra *Las damas galantes*, muestra, con toda la espontaneidad de un *lapsus*, la natural identificación que hace el inconsciente entre *madre* y *puta*:

*Lo mismo que de un gran navío se dice que necesita mucha agua para sostenerse, según dicen los grandes doctores en el arte de Venus, una mujer grande*

*es más apta y más propia para este fin que una pequeña.*

*Esto me recuerda a un gran príncipe que conocí, que queriendo alabar a una mujer de la que había gozado, dijo estas palabras:*

*-Es una hermosa puta, grande como mi señora madre.*

*Como me sorprendiera aquella frase, explicó que no quería decir que fuese una gran puta como su señora madre, sino que tenía la estatura y corpulencia de su señora madre. A veces se dicen cosas que no se piensan decir, y otras también sin pensarlo, se dice la verdad.<sup>14</sup>*

La madre virgen es una ilusión, pero la madre puta es real.

## *Capítulo V*

# **DOS ROSTROS Y UNA MUJER**

Pero precisamente la decidida antítesis entre la "madre" y la "prostituta" ha de estimularnos a investigar la evolución y la relación inconsciente de estos dos complejos.

FREUD

*Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre*  
(1910)

## 1

En el apogeo de la cultura antigua, Platón, en el *Banquete*, pregonó el amor fracturado: existen dos Venus y por lo tanto dos amores.<sup>1</sup> A la Venus popular le corresponde el amor plebeyo, el amor de los hombres viles, el de aquellos que aman más el cuerpo que el alma. A la Venus celestial, en cambio, le pertenece el amor a la belleza espiritual más elevada. La piel, la voz, el olor de la mujer amada son sólo escalones en el progresivo ascenso a la contemplación de la pureza ideal. El apetito de los sentidos es innato pero la razón hace tender a lo mejor. Demasiado infeliz sería la naturaleza humana si nuestra alma, en la cual puede fácilmente nacer un ardiente deseo, fuese forzada a nutrirlo únicamente de aquello que es común a las bestias.<sup>2</sup> El amor carnal es rudimentario; el racional es más feliz. Sin embargo, para llegar a la mujer celestial es necesario un esfuerzo, es menester luchar contra los bajos instintos. Para gozar de la belleza desapasionada en suma, hay que revocar todo el deseo del cuerpo. Por eso, cuando aparece una apetitosa mujer, recomienda uno de los discípulos más distinguidos del filósofo, *Il Cortegiano* (1528):

*y el alma comienza con placer a contemplarla y a sentir aquel misterioso poder que la conmueve y poco a poco la calientan y cuando aquellos vivos espíritus que brillan por sus ojos agregan nueva leña al fuego debe proveer a un pronto remedio y despertar la razón y con ella proteger con roca su corazón para cerrar así el paso a los sentidos y apetitos camales.*<sup>3</sup>

Y si acaso estos remedios no bastan,

*debe entonces el cortesano, sintiéndose preso, con firme voluntad huir de la brutalidad del amor vulgar y así con la guía de la razón entrar en el camino del amor divino.*<sup>4</sup>

La Venus popular y la Venus celestial no son más que los míticos ropajes con que se cubren la madre puta, terrena y lujuriosa, y la madre virgen, descarnada y etérea. Y el amor platónico, la decepción que nunca perdona una mujer, no es otra cosa que la versión griega de esa disociación infantil.

Existe también una versión cristiana...

## II

San Agustín, que de joven, según narra en *Las Confesiones*, apuró todos los goces sensuales:

*me lancé con tal ceguera que, entre mis iguales, me avergonzaba como de una culpa de mostrar menos impudicia que ellos...*<sup>5</sup>

para luego, ya maduro, fundar una comunidad religiosa y vivir en la pobreza, celibato, estudio y plegaria, no hizo sino reflejar en su conducta la áspera contradicción que siempre aquejó su espíritu. Y que se manifestó también en su doctrina, ya que todas sus ideas sobre el pecado original están impregnadas por la pueril escisión de su madre.

La teoría es simple: el pecado de Eva con Adán es la causa del mal y el pecado original consiste en la concupiscencia. Y como la concupiscencia es inseparable de la labor de hacer hijos, casi todos estamos condenados. Sólo se salvarán aquellos por los que interceda María, que concibió sin pecado. El santo segregaba enfáticamente a las hembras. *La Ciudad de Dios*, 289:

*Una mujer fue la causa de nuestra ruina; otra mujer abrió la ruta de nuestra salvación.*

La ruptura es aquí cabal: Eva, la madre puta, y María la madre virgen. Y las consecuencias son obvias. San Agustín, que tan bruscamente dividió a las mujeres, únicamente pudo elegir durante su vida entre el libertinaje y el ascetismo; entre el vicio y la santidad. ¡Y creía que no existía otra opción! Sólo conoció los excesos y nunca supo que en el amor genuino la voluptuosidad se funde con la ternura.

### III

Como tampoco lo supieron Dante (1265-1321) y Petrarca (1304-74).

En estos famosos amantes la disociación no fue menos vehemente. Dante no pudo nunca ni siquiera mirar de frente a Beatriz, y Petrarca jamás habló con Laura, pero ambos creían amarlas. Y les ofrendaron la música de sus poemas.

Beatriz era inimitable, *Vita Nuova*, XIX:

*Dice di lei Amor: "Cosa mortale  
como esser pò sì adorna e sì pura?".  
Poi la riguarda, e fra se stesso giura  
che Dio ne intenda di far cosa nuova.<sup>6</sup>*

"Dice de ella Amor: 'Algo mortal, ¿cómo puede ser tan hermoso y puro?'. Luego la mira y jura para sí que Dios pretendía hacer algo nuevo."

Laura, a su vez, era la imagen de la divina belleza, *Canzoniere*, 159:

*non sa como Amor sana, e como ancide,  
chi non sa como dolce ella sospira,  
e como dolce parla e dolce ride<sup>7</sup>*

"no sabe cómo Amor sana y cómo mata quien no sabe cómo ella dulcemente habla, dulcemente suspira y dulcemente ríe."

Eran mujeres bellas pero lejanas. Hembras incorpóreas; puro espíritu. El rudo divorcio que estos hombres hicieron entre la lujuria y el cariño transformó el amor en una caricatura penosa. Dante, que tan sublimemente cantó a Beatriz, tuvo mujer e hijos a los que no dedicó en toda su poesía una sola palabra, y Petrarca, mientras rimaba melodiosos versos para su etérea Laura, frecuentaba a una amante que le dio dos hijos. ¡La madre virgen y la madre puta!

#### IV

Praxíteles le dio al mármol, con Friné, su madre puta; Miguel Ángel perpetuó a la madre virgen con María. *Michel Angelo, scultore fiorentino*, era su firma. Fue el artista más grande y más triste, no enseñó a nadie y todos aprendieron de él. En la historia jamás se esculpió algo como *La Pietá* (1498). Maravilla su belleza: la virgen no mira a Cristo sino que con su cabeza inclinada y el gesto de su mano izquierda acepta en silencio la voluntad divina.<sup>8</sup> Cuando le objetaron que el rostro de María era más joven que el de su hijo protestó que la castidad otorga eterna juventud:

*¡Cuánto más sería éste el caso con una virgen en cuyo pecho no entró nunca el más mínimo deseo lascivo que pudiese afectar el cuerpo!*<sup>9</sup>

Obviamente el genial artista no apreciaba la *calentura* en la hembra, al menos en aquella que fuese una buena mujer. Como, por ejemplo, una madre. Tampoco era sensible a las ondulaciones femeninas, y era el cuerpo viril, por el contrario, el que exaltaba su curiosidad. Lo estudiaba en todas sus posturas: en el techo de la Capilla Sixtina pintó un centenar de desnudos masculinos y apenas unos pocos de mujer, los que, de cualquier manera, no convocan al deseo. Sólo son músculos, huesos y tendones. Como también lo es la mujer de *La Noche*, una escultura de la tumba de los Médicis que muestra, además, un cuerpo deformado por la maternidad. De allí que su pintura *Leda y el cisne*, donde la apetitosa joven es poseída por el ave, sorprenda como el insólito arrebató un asceta. A un sacerdote que le reprochara no tener hijos le respondió: "Ya tengo esposa con mi arte y da bastante trabajo". Ya sea en el arte como en la vida prefería a los varones, ¡tanto que se enamoró de un muchacho. A Tommaso Cavalieri, que lo había hechizado con su belleza y su gracia, le ofrendaba encendidos sonetos. Era un sentimiento apasionado y sincero.

Vittoria Colonna fue la única mujer que lo sedujo, si bien sólo espiritualmente. Era una *stabile amicizia*: él tenía sesenta y ocho años y ella cincuenta. Los unía la piedad y el arte, no el cuerpo. Miguel Ángel despreciaba los placeres de la carne, "el deseo lascivo que pudiese afectar el cuerpo". Por eso vivió siempre sexualmente insatisfecho y, por lo tanto, ansioso y cascarrabias. Esa era la razón de su *terribilità*, su violento y atormentado carácter. El inspirado escultor que hizo en el mármol la apología de la madre virgen no disfrutó jamás de la delicia y la paz que concede la concha. De la mujer únicamente conoció la amistad, y

tan sólo una vez en su vida.

Y Leonardo ni siquiera eso...

## V

Leonardo da Vinci (1452-1519) era un pintor genial: nadie pintó como él la tierna solicitud de la madre. Fue también un científico deslumbrante y un inventor incansable. Era un *uomo universale* que realizaba sus graciosos modales con vestidos de sedas y terciopelos, con guantes bordados y botas de fantasía y que matizaba sus horas con la compañía de sus *amantissimi* y *carissimi* mancebos.<sup>10</sup> Porque el ilustre maestro era tan universal en sus inquietudes espirituales como especializado en sus apetencias voluptuosas. Tenía debilidad por los *putti*, los jóvenes bonitos...

Leonardo también amó a la mujer, pero a una sola: la madre virgen. Y a ella, en sus pinturas, le otorgó el don de la enigmática sonrisa *leonardesca* que admiramos en el dulce rostro de *La Virgen de las Rocas*, inmersa en una atmósfera neblinosa que baña el agua, las rocas y las flores;<sup>11</sup> en la gozosa complacencia de Santa Marta en *La Virgen y el Niño con Santa Ana*<sup>12</sup> y en las rojas comisuras de la entreabierta boca de *Monna Lisa*<sup>13</sup> A la madre puta, en cambio, no la pintó jamás. Ni siquiera para denostarla; simplemente la suprimió. Aunque son comunes en los grandes artistas las imágenes obscenas, en su obra sólo se rescatan algunos dibujos de los genitales internos de la mujer con toda la sensualidad que pueden tener... ¡las láminas de un libro de anatomía! Por lo demás sus torpes esbozos del coito sólo confirman la confusión de un inexperto. Jamás tuvo una mujer entre sus brazos y en sus manuscritos no le dedica una palabra de amor o de ternura. Por sus *Libros de apuntes* sabemos, además, que despreciaba la *concha*:

*Y se vuelven locos corriendo tras las cosas más bellas para poseer y hacer uso de sus partes más viles.*<sup>14</sup>

Leonardo, como todos los cultores de la madre virgen, únicamente redimía el *rostro* del cuerpo de la mujer; el resto era abominable. La disociación primordial regía, implacable, en su alma. Aunque en su caso, por ser invertido, todavía más enmascarada. La madre virgen, con su inmortal sonrisa, perduró en sus pinturas, pero la madre puta, la hembra libidinosa, desapareció tanto de su arte como de su vida, simplemente porque Leonardo... ¡se convirtió en ella!

## VI

A veces la calentura provocada por la madre puta se desplaza a la hermana y se acumula a la que ella, por las suyas, despierta, y en ese caso la palabra *pütta*, muchacha, recupera su sentido más puro. En los insultos obscenos esto sucede

a menudo: "¡Más puta será tu hermana!" o "¡andá a la reconcha puta de tu hermana!". Ambas tienen en común que son mujeres tabú, ya que para el varón la hermana es una hembra casi tan prohibida como la madre. Es detestable imaginar lascivamente sus carnes. Y por eso su figura se desmembra del mismo modo, ya que también existe una hermana *puta* y una hermana virgen. François-René de Chateaubriand (1768-1815), soldado y viajero, escritor y político, uno de los más ilustres prosistas de la lengua francesa y uno de los padres del amor romántico, fue, además, un célebre ejemplo de esta disociación fraternal.

Su apellido, que primero se escribió Brien y luego Briand, sirvió de nombre a principios del siglo XIX para un importante *château* en Bretaña que constituyó el asiento de la baronía de Chateaubriand.<sup>15</sup> El padre, de temperamento sombrío, hizo una modesta fortuna en América; la madre, profundamente devota, le dio un ostentoso número de hijos. René estudió en un colegio de curas donde aprendió griego y latín. Cuando leyó a Horacio descubrió "encantos de naturaleza desconocida en un sexo en el cual sólo había visto una madre y hermanas".<sup>16</sup> Una de ellas, Lucía, lo atrapó con esos encantos recién revelados. El muchacho tenía amigos pero prefería la soledad, contemplar las nubes, oír caer la lluvia sobre el follaje. Sólo estaba contento con su hermana, con quien compartía los paseos, las poesías y el melancólico tañido de las campanas de la iglesia. Lucía despertó en René una "prematura pasión".<sup>17</sup> Fue una intimidad ardiente que, aunque no consumada, signó su vida. Por su consejo se casó por dinero y por su impulso se transformó en escritor. *El genio del cristianismo* (1802) constituyó uno de los más grandes sucesos en la historia de la literatura francesa. El libro proponía el retorno a la fe, la esperanza y a la caridad, exaltaba el arte y la poesía medieval y estimulaba el renacimiento de la arquitectura gótica.<sup>18</sup> El volumen también incluía dos pequeños relatos: *Atala* y *René*.

*Atala* es la historia de dos salvajes en el desierto. Chactas había sido capturado y condenado a muerte por una tribu hostil, pero es salvado por Atala, una doncella indígena. Huyen a través del desierto y los bosques, vadean ríos en balsa o a nado protegiéndose de los grandes calores a la sombra de los musgos de los cedros de la Florida. A la noche encendían una gran hoguera y construían una frágil cabaña. Se alimentaban de aves, plantas y flores y... se enamoraron. "Eres hermoso como el desierto con todas sus flores, con todas sus brisas. Si me inclino sobre ti, me estremezco, y si mi mano toca la tuya, paréceme que voy a expirar", le decía, suspirando, Atala.<sup>19</sup> Él quiso cogerla, pero ella se opuso invocando la promesa hecha a su madre de mantenerse virgen. Más adelante encuentran a un misionero que apoya su determinación, aunque Chateaubriand no pierde la oportunidad de poner en su boca un nostálgico elogio del incesto fraternal:

*No te hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de los hombres, uniones inefables en que la hermana era la esposa del hermano, y se confundían en un, mismo corazón el amor y el cariño fraternal aumentando la pureza de las delicias de aqué1.*<sup>20</sup>

Finalmente Atala, desgarrada entre la calentura y sus votos, se envenena y muere.

*René* es, apenas disimulado, un *racconto* de su propia pasión. Consiste en el relato de las aventuras de un joven aristócrata francés que ha viajado a América para olvidar un amor incestuoso. Allí cuenta sus pesares al anciano Chactas. Dios sabía las horas que había pasado en la iglesia pidiéndole que lo liberara de ese deseo irresistible. También había buscado soledad en medio de los campos o en las cumbres de las montañas, pero nunca pudo dejar de pensar en su hermana Amelia:

*¡Dios mío!, ¡si me hubieses dado una mujer según mis deseos: si, como a nuestro primer padre me hubieses traído por la mano a una Eva, sacada de mí mismo!...*<sup>21</sup>

Atormentado por el deseo de declararle su amor decide, avergonzado, suicidarse. Pero Amelia, al descubrir su intención, se lo impide. El la recibió con éxtasis en su corazón; ella se arrojó en sus brazos: "¡Ingrato!, ¡quieres morir!; mientras tu hermana existe!".<sup>22</sup> La muchacha lo miraba con compasión y ternura mientras cubría de besos su frente. "Parecía una madre, o algo más tierno aún",<sup>23</sup> agregó René, como para no dejar dudas de la amplitud de sus fantasías incestuosas.

La amorosa convivencia duró tres meses. Un día subió al aposento de Amelia y nadie respondió. En la chimenea había una carta diciéndole que se marchaba a un convento, le brindaba palabras de consuelo y le donaba su fortuna. Le recordaba que muchas veces habían dormido juntos y agregaba: ¡Ah, si nos reuniese un día la misma sepultura! ¡No!, yo debo dormir sola bajo los helados mármoles de este santuario, donde descansan para siempre esas vírgenes que nunca amaron."<sup>24</sup>

René viajó al monasterio, e intentó, en vano, hablarle. Ella sólo aceptó que se presentara en el altar al pronunciar sus votos. La joven se colocó debajo de un dosel y el sacrificio comenzó al resplandor de las antorchas. El sacerdote habló de la felicidad de la virgen que se consagra al señor. René presentó las tijeras, Amelia se arrodilló ante el altar y su hermosa cabellera cayó al golpe del hierro. Luego su desnuda cabeza fue envuelta por un velo. René, arrodillado, le escuchó decir: "¡Dios de misericordia!, ¡haz que jamás me levante de este lecho mortuario, y colma con tus mercedes a un hermano que no ha sido cómplice en mi criminal pasión."<sup>25</sup> Nunca más se volvieron a ver.

El breve relato de amor, contado con prosa sinuosa y palpitante e inocultable y morboso placer por las frustraciones del deseo, constituyó el modelo de infinitas novelas melancólicas, *romans*; su héroe fue llamado un contador de historias, un *romancier*; y de ese modo, posiblemente, el *romanticismo* acuñó su nombre.<sup>26</sup> Pero las vicisitudes de René no son, en definitiva, sino las de Chateaubriand, el verdadero héroe romántico que libró durante toda su vida

una lucha tenaz contra el deseo incestuoso y que para sojuzgarlo no encontró, en su fantasía literaria, otro remedio mejor que matar a su hermana o convertirla en una monja. Atala y Amelia fueron el último y desesperado intento de negar a Lucía. Tan grande era su calentura por la hermana *puta*... ¡que la transformó en una virgen!

## VII

Platón, San Agustín, Dante, Petrarca, Miguel Ángel, Leonardo, Chateaubriand dieron a la madre puta y a la madre virgen formas perdurables. Y muchos otros hombres de genio lo hicieron también. Pero ellos, en realidad, no inventaron nada, sino que sólo plasmaron en sus obras los dos rostros de una mujer que, desde la infancia, habita en cualquiera. Únicamente amplificaron, como con una lente de aumento, lo que existe en todos, ya que la disociación no distingue y, ecuanímicamente, se reparte entre filósofos, santos, poetas, escultores, pintores, novelistas y... simples mortales. Como lo demuestra esta risueña anécdota que circulaba en la Viena de principios de siglo. Un hombre, envuelto en los vapores del alcohol volvía con un amigo de una fiesta ya avanzada la noche y de golpe le anunció que quería ir a coger a un burdel. Su compañero, sorprendido e indignado le reprochó que cómo siendo él un hombre casado pretendía visitar a una prostituta. A lo que el otro le respondió con furia: "¡Qué clase de bribón eres tú! ¿Realmente crees que yo despertaré a mi querida esposa a las tres de la mañana para ahorrarme unas pocas coronas?"<sup>27</sup>

E1 cuento es viejo pero el mensaje perdura.

## *Capítulo VI*

# **LA MADRE VIRGEN Y SUS AMANTES**

La vida erótica de estos individuos permanece disociada en dos direcciones personificadas por el arte entre el amor divino y el amor terrenal o animal. Si aman a una mujer no la desean y si la desean no pueden amarla.

FREUD

*Sobre una  
degradación  
general de la vida  
erótica (1912)*

*El amar y el ser amado se me proponía como una cosa muy dulce, especialmente, si también gozase de la persona que amaba*

dice San Agustín hablando de una mujer que conoció en Cartago, lo que resulta muy natural ya que la unión del deseo y la ternura es el anhelo de cualquier amante, aunque seguidamente, como para demostrar que él no era uno de ellos, agrega algo muy poco natural:

*Con que venía a ensuciar la clara fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y enturbiaba su candor con el cieno de la lascivia...<sup>1</sup>*

"¡Inmundicias de la concupiscencia!", "¡cieno de la lascivia!"... evidentemente el santo no distinguía adecuadamente entre los distintos agujeros de la hembra ni tampoco de lo que entraba y salía por ellos, ya que confundía, torpemente, la *concha* con el *culo* y en todos lados veía *mierda*. La afirmación, si bien señala un serio problema mental, es, no obstante, consecuente con sus ideas, ya que el que adora a la madre virgen siempre desprecia a la madre puta. *Though this be madness, yet there is method in't*; aunque esto sea locura hay un método en ella. La disociación de las madres disocia también el instinto del hijo que las ama: a la madre puta se la desea pero no se la quiere y a la madre virgen se la quiere pero no se la desea. Y de ese modo, lo que el hombre normal brinda una sola hembra estos fracturados varones lo reparten entre dos. De allí que al terminar de coger sólo conozcan la deprimente sensación que describe uno de los secuaces de Platón:

*Todos aquellos amantes que satisfacen su deshonesto deseo con aquellas mujeres que aman justo que alcanzan el fin deseado no solamente sienten saciedad y fastidio sino que toman odio a la persona amada.<sup>2</sup>*

Estos extraños amantes, ¡primero se regodean y después desprecian! Es esta, sin duda, una reacción paradójica aunque, sin embargo, comprensible. Es muy lógico que los cultores de la madre virgen luego de desagotar su calentura se sientan incómodos y abatidos porque al no haber ya deseo, al que por lo demás, degradan, y no habiendo existido nunca cariño no les queda por lo tanto... ¡nada! Y entonces, mientras experimentan un hastío insoportable, sólo aguardan el momento de deshacerse del cuerpo que hasta hace un instante gozaron...

El hombre normal después de acabar se siente tan relajado y sereno como dulcemente unido a su mujer; los amantes de la madre Virgen, asqueados y vacíos. Cuando el deseo urge están eufóricos, y cuando lo satisfacen, tristes. Obviamente estos varones disociados no sólo son raros, sino, además... ¡impotentes! La incapacidad sexual no se manifiesta únicamente cuando la pija no se pa-

ra, se acaba muy rápido, retardadamente o no se acaba en absoluto, sino también al no poder amar cuando se coge. El inglés Hogarth en sus cuadros *Antes y Después* pintó a este hombre enfermo, y Juan Jacobo Rousseau, en sus conmovedoras *Confesiones* (1782), se ofreció al mundo como el ejemplo más genuino.

## II

"Nací en Ginebra en 1712, como hijo de Isaac Rousseau y Suzanne Bernard", nos informa el confesante. El padre, un maestro relojero, dejó a su mujer y viajó a Constantinopla y cuando regresó, luego de seis años, Juan Jacobo fue el "triste fruto"<sup>3</sup> de ese reencuentro. La madre murió seis semanas después. Tenía al nacer tan pocas señales de vida que desesperaban por su suerte. Una tía lo cuidó y lo salvó. A los diez años, como para no ahorrarle ningún abandono, el padre se marchó también. El hombre llegado al mundo en condiciones tan desventajosas se describió a sí mismo como "a la vez altanero y tierno, un carácter afeminado y, sin embargo, invencible, que, al fluctuar entre la debilidad y el valor, entre la lascivia y la virtud, siempre me ha puesto en contradicción conmigo mismo".<sup>4</sup>

Con tantas oscilaciones nunca supo muy bien qué significaba coger. Poblaban su mente imágenes confusas, odiosas y repugnantes. Él, que nunca había leído libros licenciosos, miraba con horror a las putas y sentía asco cuando veía a un perro... ¡montando a una perra. No es de extrañar que no tuviese ninguna osadía con las mujeres. Como jamás pudo hacerles proposiciones obscenas pasó su vida anhelando y callando junto a las personas que más deseó.

Tenía dos modos bien diferentes de amar, tan opuestos como la madre puta y la madre virgen (aunque en su caso tal vez sería mejor hablar de la tía en lugar de la madre). Y ambos se alternaban sin confundirse: a ciertas mujeres les brindaba ternura, a otras lujuria. Gozaba más besando la mano de una mujer que cogiendo con ella:

*Quizá he gozado yo más en mis amores terminados con un beso en la mano, que vosotros en 1os vuestros, al comenzarlos, al menos, por allí.*

Con tales antecedentes, por supuesto, su *debut* amoroso tuvo por compañeros a la repugnancia y al miedo. Ella se llamaba Françoise-Louise de La Tour, baronesa de Warens. Graciosa y amable era casi *une femme de trente ans*;<sup>5</sup> él tenía dieciocho. Ella, que vestía maravillosamente y tenía un rostro bello, un cuello fino y unos brazos exquisitos, lo llamaba *petit chat*, gatito, y *enfant*, hijo; él, con devoción infantil, *Maman*. Experimentaba por su madre postiza un cariño serio y tierno que se acrecentaba día a día. Sin embargo, paradójicamente, la posibilidad de cogerla le causaba un cruel pesar. Era indigno de ambos:

*Jamás la amé con mayor ternura que cuanto tan poco deseaba su posesión.*<sup>7</sup>

La costumbre de vivir juntos había consolidado sus sentimientos que, cuanto

más delicados, eran menos eróticos. Este hecho singular no escapó a su mirada de psicólogo y, adelantándose a Freud, descubrió en el miedo al incesto la causa de su impotencia:

*A fuerza de llamarla mamá y de usar con ella la familiaridad de un hijo me había acostumbrado a considerarla como tal. Esto creo que era la causa de la poca solicitud que tenía para obtener su posesión, a pesar de quererla tanto.*<sup>8</sup>

La señora de Warens era más que una hermana o una madre. "La quería demasiado para codiciarla". afirmaba.<sup>9</sup> Finalmente el día más temido que deseado llegó:

*¿Fui dichoso? No: sólo gusté el placer.*

Y agregaba señalando un rasgo puntual de todos estos amores disociados:

*Yo no sé qué invencible tristeza me envenenaba. Me hallaba como si hubiese cometido un incesto.*<sup>10</sup>

Ella no quedaba ni triste ni alegre, sino cariñosa y tranquila. Como era poco sensual, no sentía placer y, por lo tanto, tampoco remordimientos. La única manera que tenía Juan Jacobo de gozar con *Maman* era imaginar, mientras la cogía, que estaba con otra. De no hacerlo, sus deseos se habrían disipado: "hubiera sollozado de ternura sin gozar".<sup>11</sup> El filósofo, en realidad, tuvo siempre dudas sobre la capacidad del hombre para disfrutar de la voluptuosidad y, por su parte, no dudaba de que era impotente. Se sabía incapaz de experimentar plenamente las delicias del amor y temía, incluso, que pudiesen causarle la muerte. Sólo las conoció una vez en su vida.

### III

Tenía entonces veinticinco años. Estaba pálido y terriblemente agitado, sus palpitations eran frecuentes, se sentía oprimido y experimentaba vértigos. La angustia lo dominaba. A menudo derramaba lágrimas sin causa; lo sobresaltaba el ruido de una hoja o un pájaro. Como había salpicado sus lecturas con libros de fisiología y anatomía no podía leer la descripción de una enfermedad sin creer que fuese la suya. Así fue como a fuerza de indagar, reflexionar y comparar llegó a la conclusión de la base de su mal... ¡era un pólipo en el corazón! Supo que en Montpellier existía un medico capaz de curarlo y marchó en su búsqueda. Pero nunca llegó a destino...

En el camino que transitaba sentado en una silla, topó con el cortejo de una recién casada. Era la señora de Colombière. Iba con ella la señora de Larnage, menos joven y bella pero no menos amable. Al principio su proverbial timidez le impidió hablarles, pero luego, y a fuerza de compartir los mismos albergues, se

vio obligado a intimar. Por lo demás, su enfermedad lo hacía interesante. *Madame* Larnage no tardó en mostrar la preferencia que le merecía, y él, entre turbaciones y dudas, se enamoró de ella. "Creo que mi sencillez de novicio no hizo más que avivar su fantasía."<sup>12</sup>

En una de sus paradas se albergaron en Saint-Jacques. Después de comer dieron un paseo. Caminaron alrededor de la ciudad y a lo largo de sus fosos. El amor rejuvenecía a la dama y sabía dar tanto arte a sus encantos que "habría seducido a un hombre de mármol".<sup>13</sup> A veces apretaba el brazo del joven contra su teta. Pero esos gestos inequívocos no bastaban para decidirlo. El temor a ofender o a disgustar y el miedo a sentirse burlado paralizaban al torpe galán. Una estólida vergüenza lo sujetaba y permanecía no sólo inerte sino también mudo. Entonces ella, ante tanta demora, tomó la iniciativa:

*"por fortuna la señora de Larnage tomó una resolución más humana; interrumpió bruscamente este silencio, pasando el brazo alrededor de mi cuello y de improviso su boca se expresó con harta claridad sobre la mía."*<sup>14</sup>

Y Juan Jacobo reparó su torpeza.

Desde ese momento la mujer, caliente y acogedora, en el silencio de las posadas recibió todas las noches al joven seducido brindándole un goce que nunca había conocido y que ya no conocería jamás:

*Esta deliciosa vida duró cuatro o cinco días, durante los cuales me embriagué en la más dulce voluptuosidad. La gocé pura, viva, sin la más ligera sombra de pesar; fue la primera y única vez que he gozado; y puedo afirmar que debo a la señora de Larnage no morir sin haber conocido el placer."*<sup>15</sup>

¿Fue esto acaso un, milagro? De ningún modo. Toco sucedió de acuerdo con las leyes de la naturaleza o, más precisamente, de la naturaleza enferma. Y la razón es simple: como Rousseau no sentía amor por su compañera de viaje pudo cogerla mejor. Con la señora de Warens, por el contrario, a quien, lo unía una honda ternura, su placer estuvo siempre perturbado por un sentimiento de tristeza, por una secreta opresión. Su impotencia aparecía cuando pretendía unir la voluptuosidad y el cariño. Con *madame* Larnage gozó porque no la amaba. Ella era la madre puta...

Pero lo más curioso es que durante la aventura Juan Jacobo se olvidó... ¡de que estaba enfermo! Su palidez, palpitaciones, vértigos, pólipos, fiebres y eructos se esfumaron; su angustia era un síntoma del deseo frustrado. Cuando por primera vez en su vida descubrió lo que era coger recobró su salud. Era un enfermo imaginario.

## IV

El invierno había llegado. En su retiro del Hermitage e impulsado por un fre-

nesí "que no lo abandonaba"<sup>16</sup> Rousseau, ahora con cuarenta y cinco años comenzó a escribir su novela *Julie o La Nouvelle Héloïse* (1761), un monumento a la pasión amorosa. La primera lo encontró todavía inmerso en su "tierno delirio" y en sus "exóticos raptos"<sup>17</sup> y fue justo en ese tiempo de exaltación cuando recibió la Visita de la señora de Houdetot. Tanto su marido como su amante se hallaban cumpliendo el servicio de las armas, y ella en Eaubonne, en medio del valle de Montmorency, vivía sola en una bonita casa.

La condesa tenía casi treinta años. No era bella, su rostro se mostraba picado de viruelas y era corta de vista pero respiraba juventud. Un pelo abundante y ondulado le caía más abajo de la cintura. Alegre y dulce, bailaba graciosamente, tocaba el clavicordio Jacobo la vio, como "estaba ebrio de amor sin objeto",<sup>19</sup> encontró en ella un soporte para sus flotantes sentimientos y vio a *Julie* en la señora de Houdetot. Ella le habló apasionadamente de su amante, y él se sintió aun más fascinado.<sup>20</sup> Pasado un tiempo, cuando quería pensar en Julie no pensaba sino en *madame Houdetot*. Se sentía dominado por un arrebató impropio para su edad, y la vergüenza, su vieja compañera, lo volvía mudo y tembloroso.

Las visitas de la dama continuaron y fueron puntualmente retribuidas. "Nada me rehusó de cuanto puede conceder la más tierna amistad. Nada me concedió que pudiese hacerla infiel."<sup>21</sup> Así pasaron juntos... ¡cuatro meses!

En ese torturante romance Rousseau comprendió que la morbosa acumulación del deseo provocada por la represión era el origen de los sentimientos sublimes:

*El deber de la privación había exaltado mi espíritu.*<sup>22</sup>

Y repite una frase que ya le habíamos escuchado en sus amores con *Maman* y que como un fatídico *ritornello* acompañó toda su vida sentimental:

*La amaba demasiado para querer poseerla.*<sup>23</sup>

Temblores, sobresaltos, convulsiones y desmayos acompañaban este casto amor. Mientras caminaba al encuentro de su amada iba pensando en el beso que lo esperaba a su llegada. Ese solo beso, ese "beso funesto"<sup>24</sup> lo enardecía de tal modo que se le turbaba la vista y sus trémulas rodillas no podían sostenerlo. Debía detener su marcha y sentarse; ni una sola vez pudo hacer el camino tranquilo. No obstante, al verla todo se superaba. Únicamente le molestaba "la inoportunidad de un vigor inagotable y siempre inútil".<sup>25</sup> Y eso tuvo su doloroso precio porque la pija no puede estar parada mucho tiempo impunemente. La naturaleza castiga ese gesto inútil:

*Este estado, y sobre todo su persistencia durante tres meses de irritación continua y de privación, me sumió en una postración de que no he podido recuperarme en muchos años, y acabó por causarme una hernia que llevaré o que me llevará al sepulcro.*<sup>26</sup>

Su conclusión es desoladora:

*Tal fue el único goce amoroso del hombre de más fogoso temperamento, pero más tímido al propio tiempo que quizá haya producido la Naturaleza. Tales fueron los últimos días hermosos que me fueron concedidos sobre la tierra.<sup>27</sup>*

Para Juan Jacobo los meses que vivió ardiendo de calentura pero sin coger y sufriendo por ello una hernia... ¡fueron días hermosos! Difícilmente pueda hallarse un ejemplo más patético del barullo mental que provoca en el hombre el amor a la madre virgen.

## V

Teresa Le Vasseur tenía veintitrés años cuando lo conoció. Rousseau, con treinta y dos, se sintió atraído por la modestia de esa joven de mirada viva y dulce. Ambos, aunque muy tímidos, se comprendieron. Él le declaró que jamás la abandonaría y que jamás se casaría; ella, pudorosa, le confió que desde los veinte años ya no era virgen. El filósofo la perdonó porque consideró que haber llegado a esa edad intacta en París constituía de por sí un récord. En Teresa encontró "una sucesora de *Maman*",<sup>28</sup> y para no desmentir su afición incestuosa la llamó "tía".

La nueva pariente, sin embargo, era muy poco lúcida y todos los intentos por cultivarla resultaron estériles. Había aprendido a escribir pero casi no sabía leer. Apenas si conocía las horas y nunca pudo seguir el orden de los meses del año. No podía contar el dinero ni conocía el precio de las cosas, y a menudo decía lo opuesto de lo que quería expresar. Era estúpida.<sup>29</sup> Tanto que Juan Jacobo sentía vergüenza de mostrarla en público. No obstante, como "veía que me amaba sinceramente esto redoblaba mi ternura".<sup>30</sup> Con esa suave intimidad estaba satisfecho. Se casó con ella sólo después de veinticinco años de concubinato, pero la disociación amorosa, sin ningún prejuicio, lo acompañó siempre:

*¿Qué pensará, pues, el lector cuando yo le diga con toda mi veracidad, de que al presente no pude dudar, que desde el primer momento que la vi hasta hoy día jamás he sentido por ella la menor llama de amor; que no la deseé poseer más que a la señora de Warens, y que la necesidad de los sentidos, satisfecha con ella, ha sido para mí únicamente la del sexo, sin que hubiese nada personal?<sup>31</sup>*

Teresa, para hacer aun más fiel la repetición del pasado, era tan fría como *Maman*. Tuvo seis hijos con ella, y a todos el autor del *Emilio* (1762) -el libro más famoso sobre la educación de los niños- los abandonó, rutinariamente, en un hospicio. Sus remordimientos fueron tan vivos que su corazón nunca halló consuelo. Una angustia tenaz, desmedida y absurda lo torturó siempre, lo llevó

al borde de la locura y lo acompañó hasta la tumba.

## VI

Rousseau en sus emotivas, sinceras y prolijas *Confesiones* nos ha confiado los padecimientos de quien no podía desear a las mujeres que amaba ni amar a las que deseaba. Pero si todos los amantes disociados escribiesen sus memorias, como lo hizo este hombre extraordinario, veríamos que los Juan Jacobo no sólo se multiplican asombrosamente sino que además padecen los mismos síntomas, porque la angustia, la repugnancia y el hastío son los perpetuos estigmas de los adoradores de la madre virgen.

Y la dulce melancolía también...

## *Capítulo VII*

# LA DULCE MELANCOLÍA

¡Cuánto me complacían estos  
sentimientos tristes! ¡Cuánto  
me deleitaba con ellos!

IVÁN S. TURGUENEV  
*Primer Amor, XII (1860)*

## I

El culto de la madre virgen es la fuente de un amor sin calentura. La mujer está allí con todas las apetitosas insinuaciones de su cuerpo pero se rehúsa el goce de su carne. Y como era de esperar de esta asombrosa y rara afición surge un humor no menos extraño, un turbulento estado de ánimo donde se mezclan la exaltación, la ansiedad y la melancolía. A veces se lo llama amor romántico, otras platónico y a menudo místico. Pero siempre es un sentimiento extravagante y, por supuesto, enfermizo, porque ¿qué saludable emoción puede esperarse de quien no sólo no coge a la mujer amada sino que ni siquiera se permite desearla? Pero lo más curioso, sin embargo, es que en estos castos amantes tiene lugar casi una metamorfosis, una mutación de afectos que constituye una verdadera paradoja. En cierto momento dejan de sufrir la tristeza... ¡y comienzan a amarla! La *dolce malinconía* ha nacido...

## II

Voldemar veraneando en una *dacha* se enamora de la princesa Zenaida. Él tiene dieciséis años, ella, veintiuno. La joven se ríe de su pasión, lo mimaba y lo hace sufrir; el muchacho tiene celos y se enfada tontamente. Le tortura pensar que alguien pueda ser su amante. ¿Acaso Maidanov, el escritor?, ¿o Lushin, el médico?, o ¿tal vez el conde Malevsky? Un día la encontró llorando, sí... ¡Zenaida estaba enamorada! Voldemar estuvo a punto de romper en llanto. Pronto comenzó a perderse en sus pensamientos y a buscar lugares apartados. Sentía predilección por las ruinas del invernadero; se subía al alto muro Y permanecía sentado solo y triste. "¡Cuánto me complacían estos sentimientos tristes! ¡Cuánto me deleitaba con ellos!"<sup>1</sup>

El relato pertenece a *Primer amor* (1860) del escritor ruso Iván S. Turguenev (1818-1883), cuento que, en verdad, es casi autobiográfico. Zenaida es la princesa Shajovskaya, Voldemar el propio autor, y el presentido amante... ¡su padre! Turguenev se solazaba en su tristeza mientras el padre se cogía a la mujer amada...

La madre virgen es el premio consuelo del hijo despechado.

## III

La dulce melancolía o el placer en el dolor surge cuando se pierde a la madre puta. La pérdida como tal, sin embargo, sólo debería provocar tristeza, pero la natural respuesta del niño, y como un niño actuó Voldemar, hace que un impropio sentimiento de dulzura la acompañe. Un hombre abandonaría, rabioso, a la hembra que no quiere coger, entonces la tristeza se vería mitigada por el odio, ya que la pena y la ira no comparten el mismo lugar. Pero el pequeño no está en condiciones de adoptar una actitud tan enérgica y, débil e indefenso,

permanece al lado de la mujer que lo frustra. Continúa pasivamente adherido a una madre que y no es más puta sino virgen, y de ese modo sigue amando a quien, ahora, lo aflige. Así es como la tristeza se enlaza con el amor. La *dolce malinconía* aparece cuando amamos a quien nos hace sufrir. Es un desenlace tan repetido como perverso...

Petrarca elogiaba al placer que lo destruía:

*Oh tiernos, angélicos fulgores, beatitudes de mi vida en que el placer se enciende que dulcemente me consume y me destruye.*<sup>2</sup>

Rousseau se derretía de goce cuando *madame* Houdetot le confiaba sus aventuras con su amante:

*Ambos estábamos ebrios de amor; ella por su amante, y yo por ella; nuestros suspiros y deliciosas lágrimas se confundían.*<sup>3</sup>

Y Chateaubriand descubrió que hallaba un goce inesperado en la plenitud de su amargura:

*sentía con cierto secreto movimiento de alegría que el dolor no es una sensación que se agota con tanta facilidad como el placer.*<sup>4</sup>

agregando luego lo que sería un tema clásico del romanticismo:

*mi melancolía había llegado a ser una ocupación que llenaba todos mis instantes.*<sup>5</sup>

La dulce melancolía es un atributo de todos los amantes de la madre virgen, porque aquellos que renuncian a la sana voluptuosidad del coger no tienen otra alternativa que la morbosa voluptuosidad del dolor. La negación del cuerpo, enseña el filósofo Nietzsche (1844-1900) es el camino de la gazmoñería, y la gazmoñería es el camino de la perversión.<sup>6</sup>

#### IV

Los amores castos y tristes suelen ser, al mismo tiempo, grandiosos. La represión provoca una acumulación artificial del deseo que da lugar a sentimientos exagerados ampulosos mientras transforma a la mujer, como lo hizo con Beatriz o con Laura, en un ser inasible y distante. De allí que estos enamoramiento siempre estén llenos de lejanías y soledades, de lágrimas y nostalgias. Y que, además, por ser insatisfechos sean, también, obsesivos. Beethoven (1770-1827), un apóstol de la madre virgen, fue un adorador de esas mujeres lejanas.

A principios de siglo era un artista de moda. En los salones de Viena, aunque muy feo y picado de viruelas, solía estar rodeado de bellas mujeres, también las

escudriñaba con su impertinente en la calle, remolinaba sobre ellas; las seguía con descaro y se vanagloriaba de sus conquistas. Pero sólo era un gesto fatuo e inocente porque, si bien vivió siempre enamorado, fue hombre pudoroso. Una cara bonita lo inflamaba pero por poco tiempo. Nunca, se jactaba, por más de siete meses. Se asegura que "atravesó su vida con castidad virginal"<sup>7</sup> únicamente maculada por un juvenil traspié sifilítico.<sup>8</sup> Sentía repugnancia por la madre puta y se avergonzaba de lo que llamaba los encuentros "bestiales", *viehisch*, del amor.<sup>9</sup> En sus romances desterró las húmedas delicias de la carne. Cuando Giulietta, una antigua amante, todavía bella, se le ofrece, la rechaza con desprecio. Su amor debía permanecer puro:

*Si yo hubiera sacrificado de tal modo mi fuerza de vida, ¿qué hubiera quedado para lo más noble, lo mejor?*<sup>10</sup>

Depositar la leche en el vientre de una hembra era para el músico genial un desperdicio, un sacrificio de su fuerza de vida. Como creía que su calentura merecía un destino más noble la reprimió, la engrosó sin medida hasta transformarla en un sentimiento sublime y la ofrendó a la música con la inspiración de un coloso. Beethoven supo exaltar con arte supremo la epopeya del hombre pero también cantó a la naturaleza, a la que amó con fervor.

En la pequeña aldea de Heiligenstadt buscó a menudo solaz y descanso. Era feliz en la campaña. Gozaba en los paseos solitarios entre los árboles, la hiedra y las piedras. Sentía que de los bosques y las rocas surgía el "eco que el hombre desea escuchar";<sup>11</sup> en su caso, seguro, el de una voz femenina. La voz de la mujer que siempre anheló y que nunca tuvo pero que adivinaba en la naturaleza, y a quien cantó en un hermoso *lieder: An die ferne Geliebte*, A la amada lejana.

¿De qué nos habla su canto? En el crepúsculo de la tarde un hombre sentado en lo alto de una colina baña sus ojos en *das blaue Nebelland*, en el azul país de las nubes. Luego, en las praderas distantes, descubre la silueta de su amada. Ella está allí, pero lejos, lejos... El canto, bello y sereno, lo adormece en un suave ensueño donde la imagen de la mujer se repite en el paisaje: en los valles, bosques, arroyos, matorrales, en los pájaros, la brisa. Con los últimos rayos del sol, sin embargo, el sortilegio se rompe y queda nuevamente solo, otra vez, como siempre. Únicamente le resta ofrecerle a la amada lejana sus cantos para oírlos de su dulce voz y aliviar así su soledad y su tristeza. Esa era la magia de su arte: *Aus Leiden Freuden*, hacer de penas alegrías. Y esa es también, precisamente, la definición de la dulce melancolía. Ella fue su eterna compañera.

## V

Toda pérdida entristece. Un sentimiento sombrío invade el alma y mientras dura, pesa y, a veces, abrumba. Pero en algún momento termina, ya que el tiempo todo lo cura y alivia; la tristeza pasa... pero la *dolce malinconía*, no. Ella permanece. Es una emoción rebelde que no se diluye fácilmente y a menudo se

instala para quedarse. Y perdura a través de los años, ya que como decía Ben Johnson (1709-1784), el escritor inglés, constituye una especie de moho del espíritu.<sup>12</sup>

¿Por qué esa persistencia, esa obstinada renuencia a partir?

La madre virgen es la causa, o, lo que es lo mismo, la renuncia a gozar con las imágenes sensuales de la madre puta. Porque sucede que para negar a la madre voluptuosa es indispensable, también, reprimir el deseo que provoca, y como el deseo es la fuente última de toda alegría, mientras esté reprimido perdurará la tristeza.

Ovidio sostiene que uno de los remedios más probados para un desengaño en el amor es la búsqueda de uno nuevo, *Remedia Amoris*, 462:

*Succesore novo vincitur omnis amor.*<sup>13</sup>

"Cada amor es vencido por el amor que le sucede."

Pero el consejo del experimentado maestro falla con estos discípulos. Una nueva mujer no es una cura eficaz para los enfermos de dulce melancolía, porque el problema no está en las hembras sino en su propio instinto. Mientras no se permitan coger amorosamente, no importa cuántas aparezcan, fracasarán con todas. Hasta que no renuncien al perverso apego a la madre virgen no expulsarán la tristeza. La alegría se marchó con la madre puta y sólo con ella retornará.

## VI

Victor Hugo (1802-1885), al exponer la doctrina del romanticismo en el prefacio de su *Cromwell* (1827), sostiene que el cristianismo introdujo en el espíritu de los pueblos la melancolía.<sup>14</sup> La afirmación no es errónea, pero sí exagerada. La religión con el culto de la madre virgen la propagó, es cierto, pero no la inventó. Ella es tan antigua como el hombre, ya que la psicología de los miembros de esta melancólica cofradía es siempre la misma: son varones que viven en el pasado porque todos quedaron pegados al dolor causado por la pérdida de la madre puta y porque todos terminaron amando al dolor en la figura de la madre virgen. Y aunque es cierto que algunos, apremiados por el deseo, a veces cogen, únicamente lo hacen con mujeres que menosprecian y a las que no les une ninguna tierna emoción, por lo que al acabar sólo quieren, decepcionados, retornar presurosos al seno virginal de la madre que está en la tierra... o en el cielo. Y hacen votos de no caer más en la tentación, pero como si bien son honestos también son frágiles, la promesa dura lo que la vuelta del deseo, y entonces la escena, fielmente se repite: calentura, desahogo, repugnancia y hastío, arrepentimiento y búsqueda de consuelo contemplando la maternal sonrisa de una mujer lejana o descansando la cabeza en el regazo celestial de la *madonna*.

Gustav Mahler reposó en él hasta que conoció a Freud.



## *Capítulo VIII*

# **EL COMPLEJO DE MARÍA**

Interesantes incursiones en la historia de su vida nos permitieron descubrir su personal condición amorosa, especialmente su complejo marial.

FREUD  
*Carta a Theodor Reik*  
(4-1-1935)

## I

Freud tomaba muy en serio sus vacaciones. Tanto que como una especie de pionero se adelantaba unos días a su familia para descubrir un lugar acogedor. Él amaba las montañas. Vestido con su chaqueta Norfolk, pantalones cortos, medias gruesas y botas, le gustaba vagar por los bosques impregnados con el aroma de las frutillas silvestres mientras buscaba hongos bajo los grandes abetos.<sup>1</sup> Sólo tres veces en su vida estuvo a orillas del mar. Una de ellas fue en 1910. Esperaba que el descanso en la Pensión Noordsee, en la costa de Holanda, le hiciera olvidar la cocina norteamericana que conoció durante sus conferencias en la Universidad de Clark. Rodeado por su mujer y sus hijos alternaba los baños, en los que se tostaba hasta donde se lo permitía su púdico traje de baño, con prolongados paseos por la playa con pasos rápidos y largos mientras removía con su bastón las algas marinas.<sup>2</sup> Eran días dichosos.

Una mañana recibió desde el Tirol un telegrama en el que se le solicitaba un turno. Freud no permitía que el trabajo interrumpiera su placer, pero en este caso hizo una excepción, ya que el pedido estaba firmado por Gustav Mahler (1860-1911), el gran músico vienés. Y concertó una entrevista. Pero en respuesta Mahler envió otro telegrama renunciando a la cita; luego otro volviéndola a pedir, y otro más cancelándola otra vez. Era víctima de la *folie de doute*, la locura de la duda, de su neurosis obsesiva.<sup>3</sup> Tres veces repitió el juego. Finalmente Freud le dio un ultimátum: tendría una sola oportunidad más, improrrogable. Y entonces sí Gustav Mahler apareció en escena.

## II

El matrimonio de Mahler se desmoronaba y dolorosas escenas jalonaban su decadencia amorosa. Un día invitó a su casa a un joven pianista amigo, Ossip Gabrilowitsch, y no fue necesario mucho tiempo para que Alma, su esposa, advirtiera que sus sentimientos se "enredaban"<sup>4</sup> con los de su huésped. Una noche contemplaban asomados a la ventana el campo alumbrado por la luna. De pronto se volvieron el uno hacia el otro, se acercaron y sus lenguas se acariciaron en una intimidad caliente y húmeda. Mahler, absorto en sus partituras, lo ignoraba todo. Tiempo después se volvieron a encontrar en Nueva York. Era de noche y estaban solos en un departamento. Desde el alto piso se veía la ciudad inmensa. Ossip se sentó al piano y comenzó a tocar el pequeño *Intermezzo* en La Mayor de Brahms, pero la inesperada aparición del ingenuo marido interrumpió el romántico concierto.<sup>5</sup>

Pero no fue este el último desengaño. Un día el compositor leyó accidentalmente la carta de amor que un joven pintor había escrito, a su mujer. Le pedía que lo abandonara y se marcharan juntos. La misiva era para Alma, pero el sobre estaba dirigido a Mahler. Lo abrió y, acongojado, sólo atinó a decir: "¿Qué es esto?"<sup>6</sup> Los celos lo invadieron y cayó en un estado de desesperación. Alguna

vez Bruno Walter, su colega vienés, le había hablado de Freud. Ahora, repentinamente, decidió verlo.

Un hotel de Leyden fue el lugar del encuentro. Luego de una breve entrevista preliminar comenzó, sin pérdida de tiempo, un intenso psicoanálisis... ¡a pie! Fue una sesión a la intemperie con toda la ciudad por consultorio. Tras escucharlo en silencio un largo rato Freud lo interrumpió bruscamente diciéndole:

-¿Cómo puede usted tratar a una mujer de ese modo siendo ella mucho más joven que usted?<sup>7</sup>

### III

Alma tenía veinte años cuando conoció a Mahler. Fue un noviazgo virginal. Como casi parece haberlo sido también su luna de miel en San Petersburgo, ya que el director se hizo tiempo... ¡para dirigir tres conciertos! Gustav, que era ingenuo y aniñado, también era muy celoso, y cuando se casaron Alma perdió todos sus amigos. Desde niña amaba la música, pero él le exigió que viviera sólo para la suya. Pronto advirtió que su marido no podía hacer otra cosa que trabajar y que no veía en ella una mujer sino un socio. Al cabo de un tiempo comenzó a experimentar que su amor perdía poco a poco su fuerza y calor.<sup>8</sup> A menudo se sentía como si le hubiesen cortado las alas: "Gustav, ¿por qué me has encadenado, si soy un ave con ganas de volar y ver colores?"<sup>9</sup>

Alma pasaba mucho tiempo enferma. Durante sus largas horas solitarias estudiaba griego y traducía a los padres de la Iglesia. Quería llenar su vacío interior. Gustav vivía aislado de todo. En su fanática concentración en la música la había marginado, y ella, mientras desesperaba de recibir de él un amor "palpable",<sup>10</sup> se marchitaba: "¡Ah, si siquiera fuera más joven! ¡Más joven para gozar, para vivir!"<sup>11</sup>

Llegó a tenerle miedo. Le horrorizaba que estuviese en la casa y deseaba no verlo más. Estaba fría. Había perdido el gusto por la vida; sólo vegetaba. Un día, ardiendo de fiebre, tuvo una visión espantosa:

*Una gran serpiente verde se precipita dentro de mí, le tiro de la cola -no quiere salir, llamo a la criada, ella tira con fuerza y de pronto me saca el reptil. Este se hunde y se va, llevándose en la boca todos mis órganos internos. Ahora me he quedado hueca y vacía...*<sup>12</sup>

"Una gran serpiente que se precipita dentro de mí..." ¡La *pija* que desde tanto tiempo añoraba la pobre mujer! Esa era la causa última de sus enfermedades, de su tedio, de su vacío interior: la serpiente la deja "hueca y vacía" porque así es como siente, inconscientemente, a su *concha* descuidada y solitaria. La terrible alucinación expresaba plásticamente, en el idioma de los sueños, tanto un anhelo como una carencia. Y lamentablemente ese "vacío" no lo podía llenar ninguna música. Gustav Mahler era impotente.

## IV

Caminaron durante cuatro horas las sinuosas calles bordeadas por la célebre Universidad, por bibliotecas y por museos. Freud estaba sorprendido por el talento psicológico del músico, pero también a Mahler le llegaría su momento de asombro:

-Supongo que su madre se llamaba María le dijo inesperadamente Freud.

-Pero, ¿cómo lo supo usted? –respondió Mahler deteniendo la marcha.

-Lo deduzco de varios indicios de nuestra conversación -agregó naturalmente tomándolo del brazo e invitándolo a continuar el paseo.

-Me parece increíble...

-Pero, ¿cómo se explica -inquirió Freud curioso y aún insatisfecho- que se haya casado usted con una mujer con otro nombre siendo que su madre desempeñó evidentemente un papel dominante en su vida?

-Es que mi mujer se llama Alma -precisó Mahler volviendo a detener su paso- pero yo la llamo... ¡María!<sup>13</sup>

## V

Cuando Pfitzner, un artista amigo, la tocaba, una hormigueante calentura recorría el cuerpo de Alma.<sup>14</sup> Y ella gozaba de una sensación casi olvidada, ya que Mahler no existía como macho. El trabajo frenético lo consumía y se había convertido en "un motor recalentado o un corredor suicida".<sup>15</sup> Una invencible ansiedad lo empujaba sin remedio: "No puedo hacer otra cosa sino trabajar, no he aprendido ninguna otra cosa en el curso de los años", y agregaba: "me siento como un morfinómano o como un bebedor empedernido".<sup>16</sup> En esas condiciones, obviamente, su matrimonio no podía ser sino un fracaso. Cuando Alma acariciaba el cuerpo de su marido sentía que palpaba a una momia.<sup>17</sup>

Mahler era casi virgen cuando conoció a su esposa. Únicamente había cogido dos veces... y por propuesta de las damas. ¡Y tenía cuarenta años! Era un solterón miedoso que vivía refugiado en la música. Tenía temor de ser "arrastrado hacia .abajo"<sup>18</sup> y, por supuesto, como todos los varones que temen a la concha, temía también a la vida. Esa era la fuente inconsciente de su obsesivo temor a la muerte, de su compulsiva necesidad de trabajar, de sus dudas absurdas. Cuando el deseo se reprime aparece una angustia que se desplaza y lo invade todo. El hombre que coge bien, en cambio, no tiene vanos temores, y su mente no se ocupa de la muerte sino de la vida. El delicioso agujero de la hembra disuelve toda aprensión. *L'amour est absence de l'anxiété*; el amor es la ausencia de ansiedad.

## VI

La caminata ocupó toda la tarde. La mente de Mahler había vagado por todos

los resquicios de su pasado mientras Freud escuchaba distendido y silencioso. Sus interpretaciones fueron esporádicas y sorprendidas. Cuando el crepúsculo recortaba ya en el firmamento las oscuras figuras de los molinos de viento, la conversación se acercó a su fin:

-Yo soy mucho mayor que ella -comentaba Mahler preocupado.

-Es precisamente su edad lo que lo hace atractivo a su joven esposa. -Lo tranquilizó Freud, agregando con seguridad:- Conozco a su mujer. Adoraba a su padre y no podía elegir y amar sino a un hombre de su estilo.<sup>19</sup>

-Ella suele decir que es hija de un gran monumento.<sup>20</sup> Y es que su padre procedía de una antigua familia de patricios. Además era el pintor más importante de la monarquía austriaca.

-Pero también era amante de la música -le recordó Freud.

-Sí, es cierto -confirmó-. Tenía una hermosa voz de tenor. Alma gozaba oyéndolo cantar *lieder* de Schumann. Se pasaba horas junto a él.<sup>21</sup>

-Alma nació y creció en una atmósfera de arte, y usted es artista. -Continuó el creador del psicoanálisis, añadiendo luego enigmático:- Y también en ella, como en usted, tuvo importancia un nombre.

-¿Por qué? -preguntó incrédulo.

-¿Qué significa Mahler en alemán? -Le respondió con una pregunta.

El músico se sacudió. Permaneció un breve instante silencioso.

-Pintor... -contestó conmovido.

-Ella inconscientemente lo eligió a usted tras las huellas de su padre. -Le dijo Freud, y contemplando su última interpretación agregó terminante:-Del mismo modo que usted busca en cada mujer a su madre a pesar de que ella fue una pobre mujer enferma y atormentada...<sup>22</sup>

## VII

Mahler tenía un espíritu místico.<sup>23</sup> Cavilaba asidua y devotamente en torno a la Virgen María y creía que ella era la esencia de la feminidad.<sup>24</sup> La mujer ideal, según él, prescindía de su concha. ¡Cómo podría entonces coger a Alma! Él amaba únicamente a la lejana e intocable Madre de los Cielos... imaginada a semejanza de María, su madre en la tierra. El mismo modelo infantil con que eligió a Alma. Tan es así que, a pesar de haberse enamorado de su hermoso rostro, le solía decir:: "Tienes demasiados pocos rasgos de sufrimiento en la cara."<sup>25</sup> ¡A toda costa quería ver en ella la apesadumbrada faz de su madre! Sólo quería a su lado una *mater dolorosa*...

El inspirado músico, como todo adorador de la madre virgen, no podía amar y desear a la misma mujer. Y le sucedía, entonces, lo que a todo varón impotente, ya que después de expulsar su leche se sentía irremediabilmente insatisfecho, desilusionado y triste. Y estos sentimientos que delataban su fracaso en el supremo acto *creador*, el acto de coger, se desplazaban también a toda su vena creadora: después de "acabar" una sinfonía quedaba siempre deprimido.<sup>26</sup>

## VIII

Freud apreció el genio de Mahler, pero también advirtió al niño que habitaba en ese hombre de cincuenta años.

-He analizado a Mahler en el año 1912 -confiaba Freud a su *protegé*, el psicoanalista austriaco Theodor Reik-. Y si he de creer en ciertas referencias, es mucho lo que logré entonces.<sup>27</sup>

-¿Pudo descubrir el significado de alguno de sus síntomas? -indagó Reik.

-Ninguna luz aclaró entonces la fachada sintomática de su neurosis. Fue como si se hubiese cavado una única y profunda hendidura en un edificio misterioso.

-¿Y qué logró observar por ella? -insistió, intrigado su discípulo.

-Mahler veía a su esposa como una especie de virgen santa-. Respondió Freud, y concluyó parcamente:- Padecía de un *Marien-komplex*, del complejo de la virgen María.<sup>28</sup>

## IX

La larga sesión fue exitosa. Cuando Mahler aceptó que su madre no era una mujer inmaculada sino una hembra con calenturas pudo reconocer que Alma no era únicamente un rostro sino también una concha. Sus dudas obsesivas cesaron junto con sus inhibiciones, y al poder unir la lujuria con el amor no sólo conoció, por primera vez, las delicias del coger, sino que además mejoró la confianza en sí mismo.<sup>29</sup> Las cartas a su mujer manifestaban ahora ternura pero también pasión, y entre los pentagramas del boceto de la Décima Sinfonía puso varias veces en palabras sus estallidos de deseo hacia Alma.<sup>30</sup> El instinto había recobrado su natural consistencia.

Luego de despedirse de Freud tomó el tren de regreso. Y en su viaje desde Leyden todas las hondas y ocultas emociones despertadas durante el psicoanálisis le inspiraron un poema para su esposa:

*Se funden las sombras de la noche.  
Cuanto siempre de terror me ha torturado  
Lo ha barrido el poder de una palabra.  
Mis sentimientos, a su mayor altura,  
Mis pensamientos, que resbalan con riesgo,  
Fluyen, juntos, en un acorde único:  
Te amo...<sup>31</sup>*

## *Capítulo IX*

# EL PODER DE UNA SONRISA

Empieza, ¡oh tierno niño!, a  
conocer  
a tu madre por su sonrisa; diez  
meses  
te llevó en su vientre con grave  
afán

empieza, ¡oh tierno niño!

VIRGILIO  
*Églogas, IV; 60-4.*

Llegamos así al final de nuestro viaje por el mundo de las madres, reales e ilusorias, vírgenes y putas, que iniciamos cuando la "mala" palabra *puta* despertó nuestra curiosidad por su carácter ambiguo y tabú y nuestra interesante excursión ha sido sin duda provechosa, ya que nos ha dejado conocimientos tan sugestivos como útiles. ¿Hacemos un balance del paseo?

## 1

*Putá* es una palabra tabú, ya que la interdicción recae sobre la palabra en sí misma más allá de su significado, y como toda palabra tabú posee, como uno de sus atributos típicos, un fuerte carácter alucinatorio: al escuchar o leer esta "mala" palabra vemos en nuestra imaginación a la hembra libidinosa y promiscua. Su respetable sinónimo, prostituta, carece en cambio de esta estimulante capacidad visual. Puta despierta emociones e imágenes más vívidas; prostituta, sensaciones más frías y opacas. Y esa es la razón que explica que prostituta sea una palabra aceptada en los diarios, la radio o la televisión, pero que, por el contrario, no lo sea puta a pesar de significar exactamente lo mismo. De lo que se deduce que lo que realmente quiere el tabú es evitar la aparición de sentimientos de calentura, por lo que prohíbe los conmovedores vocablos obscenos que, como *puta, concha, pija, coger* o *chupar la pija*, los provocan, pero acepta, en su lugar, los anestesiados términos científicos que, como prostituta, vagina, pene, coito o *fellatio*, los desalientan. Por lo que resulta que la moraleja que espontáneamente se impone a nuestro espíritu es la de que nuestra sociedad acepta la sexualidad en público siempre y cuando sea frígida...

## II

En la frase obscena *hijo de puta*, la madre, el hijo y la concupiscencia se mezclan del modo más inquietante. Y esta connotación incestuosa es precisamente la que constituye, como lo he señalado en *Las malas palabras* (1983), la fuente y origen de todas las palabras obscenas.<sup>1</sup> Freud, en su magistral ensayo *Tótem y tabú* (1913), mostró que el horror al incesto era la causa del tabú de las palabras en los pueblos primitivos, pero olvidó aplicar el mismo criterio a los términos proscritos más conocidos por él y con los que convivía a diario: ¡las "malas" palabras de la ciudad de Viena!<sup>2</sup> Las "malas" palabras son las palabras tabú de nuestro mundo civilizado, y *puta*, una de las más conspicuas.

## III

La palabra *puta*, además, como muchas voces de las lenguas primitivas, es antitética: significa tanto mujer mala como buena. La contradicción es un resultado de los sentimientos de calentura que despierta en el hijo la madre voluptuosa, ya que a veces los acepta y entonces la madre puta, la muchacha provocativa y sensual, se presenta como algo hermoso, y a veces los rechaza y entonces la madre puta se transforma en algo abyecto que es necesario apartar de la mente y sustituir por la madre virgen. Esta ambigüedad hacia la sexualidad de la madre se manifiesta asimismo en cualquier otra "mala" palabra que remita a su cuerpo, como sucede, por ejemplo, con "andá a la concha de tu madre". Lanzada habitualmente como insulto, la frase procaz enmascara en el fondo un gesto

cordial, ya que ese es el lugar a donde todo hombre... ¡quiere retornar desde el momento mismo de nacer!<sup>3</sup>

Y no sólo tienen doble sentido las palabras obscenas que se refieren directamente a la madre, sino también, por desplazamiento, todos los vocablos que de un modo u otro aluden a ella: en inglés la palabra *lady*, señora, que originariamente expresaba un grado semejante al de *lord*, señor, y que en algunos casos sirvió para designar a mujeres de más alto rango aún, tanto que la reina de Inglaterra era más a menudo conocida como *Lady* que como *Queen*,<sup>4</sup> es también utilizada para hablar de una puta de gran clase;<sup>5</sup> en *lady of pleasure*, señora de placer, es empleada para referirse a una puta común, y en *perfect lady*, perfecta señora, una expresión *slang*, se la aplica para mencionar a una puta ruidosa.<sup>6</sup> Y en alemán la palabra *Frau*, mujer, en su comienzo un honorable término derivado del nórdico *Freyja*, diosa, concluyó siendo utilizado en palabras como *Frauenhaus*, que significa burdel; e igualmente la voz *Dirne*, que durante un tiempo significó virgen y que era especialmente aplicada para nombrar a la virgen María, tiene ahora el sentido de mujer disoluta o puta.<sup>7</sup>

Y lo mismo acontece en los idiomas romances. En italiano la voz *donna*, mujer, que aparece en el término *madonna*, virgen María, aparece también en los vocablos *donnacia*, mujer impúdica, y *donnacchera*, mujer vulgar,<sup>8</sup> y en francés la palabra *dame*, señora, es usada tanto para referirse a la virgen María como lo atestigua la catedral de *Nôtre Dame*... como para indicar a las damas en las puertas de los *toilettes* el lugar donde deben ir a cagar y a mear.<sup>9</sup>

La madre voluptuosa, con los contradictorios sentimientos que suscita, ha sido siempre en el lenguaje una fuente permanente de ambigüedad.

#### IV

Ahora bien, ¿por qué *hijo* y no *hija* de puta? ¡Hija de puta!, es una afirmación que también se emplea, pero en forma mucho más restringida y más bien como una extensión automática de la frase dirigida al hijo. Y esto se explica igualmente por las sugerencias incestuosas de la expresión. La relación amorosa del hijo con la madre es tan dominante como definitiva en la vida sexual del varón, ya que ella será el modelo inconsciente de las mujeres que elegirá en su vida. En la mujer, en cambio, el vínculo erótico con la madre es sólo un momento preliminar al desplazamiento de sus sentimientos hacia el padre, de donde, a su vez, pasarán al hombre que amará después. Por eso el genio del lenguaje ha elegido al *hijo* y no a la *hija* para unirlos con la madre *puta*, ya que es entre ellos donde brota la más grande *passione* y, por lo tanto, también los sentimientos más contrapuestos. Y esta característica de la vida amorosa de la hembra tal vez explique además el hecho, ya advertido por Freud, de que ella no disocia comúnmente el deseo de la ternura como lo hace el varón, sino que su vida emotiva es mucho más simple: o se entrega plenamente y entonces goza sin retaceos o no se da en absoluto y entonces permanece frígida.<sup>10</sup> Su amor no sólo es más fran-

co sino también más rotundo.

## V

La madre puta asegura una saludable vida amorosa a sus hijos. Y la razón es fácilmente comprensible: "Si a mamá, que es buena y cariñosa, le gusta coger, entonces también puede hacerlo la mujer que quiero", es lo que piensa su hijo, y lo que por su lado razona su hija: "Si mamá es tan hembra, ¿por qué no he de serlo también yo?". Como los padres son un ejemplo en todo, la madre voluptuosa no sólo enseña sino que, además, autoriza. Cuanto más puta sea la madre mejor elegirá su hijo a la mujer que, inconscientemente, busque a su imagen, y en su alma el deseo y la ternura nunca serán ajenos. Por eso no es extraño que la frase obscena *hijo de puta* muy a menudo, lejos de ser lanzada como una afrenta, lo sea como un cumplido. Esa es la lección que Sancho Panza, campechano y rico en sabiduría popular, le dio al caballero del Bosque cuando éste lo convidó con su bota, *El Quijote de la Mancha, II, XIII*:

*Y diciendo esto, se la puso en las manos a Sancho, el cual, empinándola puesta a la boca, estuvo mirando a las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza a un lado, y dando un gran suspiro, dijo:*

*-¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!*

*-¿Veis ahí -dijo el del Bosque oyendo el hideputa de Sancho- como habéis alabado este vino llamándole hideputa?*

*-Digo -respondió Sancho- que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta a nadie cuando cae debajo del entendimiento alabarle.<sup>11</sup>*

Cuando se intenta agraviar con la exclamación, "¡andá a la puta madre que te parió!", se evidencia que el que insulta rinde culto a la ilusoria madre virgen pero cuando se busca exaltar con expresiones como "¡hijo de puta, cómo juega!", con que se festeja al deportista exitoso, o "¡hijo de puta, qué minas tiene!", con que se ensalza al varón conquistador, se muestra que el que elogia brinda homenaje a la voluptuosidad de la madre. Es como si dijera: "¡Qué buena hembra debe haber sido la madre para que el hijo sea tan capaz!".

La madre real, no podría ser de otra manera, es puta, y la buena madre también. Sancho tenía razón en alabarla.

## VI

Una de las madres alegre y la otra entristece. La madre virgen es triste. ¿No es acaso tristeza lo que experimentamos al contemplarla en una pintura o escultura con la suave melancolía de su rostro y el austero paño que cubre su cabeza? Y es que la falta de goce carnal deprime a la madre... ¡Y también al hijo!, porque la tristeza es un mal contagioso. Es el precio del instinto cautivo.

La madre puta, en cambio, es alegre, como lo es toda hembra satisfecha. Y su

alegría la derrama en el hijo. Como ella coge, sonrío, y su sonrisa, que ilumina el rostro del pequeño, tiene un poder inmenso. *Il balen del suo sorriso*, el relámpago de su sonrisa, no sólo lo estimula, sino que además le promete la dicha porque el niño que conoce a su madre por su sonrisa, como bien lo sabía el poeta latino Virgilio (70 a.C. - 19 a.C.), encontrará el camino a la mesa de los dioses y al lecho de las diosas, las fuentes más ricas del placer.<sup>12</sup> Tan grande es el don que, con su sonrisa, otorga a su hijo la madre voluptuosa. Si la madre le sonrío, la Vida le sonreirá también.

# GUÍA BIBLIOGRÁFICA

## De las obras citadas

Arango, Ariel. *Las malas palabras*, Planeta. Buenos Aires.1990.

Aristófanes, *Las once comedias*, Porrúa, México, 1977.

Beethoven Ludwig van, *Viscontea*, Buenos Aires, 1979.

Boccaccio, Giovanni, *El Decamerón*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973.

Brantôme, *Las damas galantes*, E.D.A.F., Madrid, 1971.

Castiglione, Baldassarre, *Il Cortegiano*, Istituto Geográfico De Agostini, Novara, 1968.

Cervantes, *El Quijote de la Mancha*, W. M. Jackson, Inc., Buenos Aires, 1960.

Chateaubriand, François René, *Atala-René*, W. M. Jackson, Inc., Buenos Aires, 1958.

Corominas, Joan, *Diccionario crítico etimológico*, Gredos, Madrid, 1980.

Dante, *La vida nueva*, Siruela, Madrid, 1985.

Durant, Will, *Nuestra herencia oriental*, Sudamericana, Buenos Aires, 1960.

-*César y Cristo*, Sudamericana, Buenos Aires,1959.

-*La Edad de la Fe*, Sudamericana, Buenos Aires, 1960.

-*El Renacimiento*, Sudamericana, Buenos Aires, 1962.

-*La Reforma*, Sudamericana, Buenos Aires, 1960.

-*La Edad de la Razón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1964.

-*La Edad de Luis XIV*, Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

Durant, Will y Ariel, *La Edad de Voltaire*, Sudamericana, Buenos Aires, 1973.

-*Rousseau y la Revolución*, Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

-*The Age of Napoleón*, Simon and Schuster, New York, 1975.

*Eros en Grecia*, Daimon, Barcelona, 1975.

Frazer, James George, *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

Freeman, Erika, *Insights, Conversations with Theodor Reik*, Prentice-Hall, 1971.

Freud, Martin, *Sigmund Freud: mi padre*, Horme, Buenos Aires.

Freud, Sigmund (1910), *El sentido antitético de las palabras primitivas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

-(1912), *Sobre una degradación general de la vida erótica*, ibíd.

-(1913), *Tótem y tabú*, ibíd.

-(1916), *Introducción al psicoanálisis*, ibíd.

-(1918), *Historia de una neurosis infantil*, ibíd.

-(1937), *Moisés y la religión monoteísta*, ibíd., 1968.

*Grafitos amatorios pompeyanos-Priapeos*, Gredos, Madrid, 1981.

Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, Jackson, Buenos Aires, 1960.

Johnson, Falk, *Maledicta*, Volume VII, Maledicta Press, Waukesha, Wisconsin, 1983.

Johnson, Samuel, *Ensayistasingleses*, W. M. Jackson, Inc., Buenos Aires, 1960.

Jones, Ernest, *Essays in Applied Psychoanalysis*, The Hogarth Press, London, 1964.

-*Vida y obra de Sigmund Freud*, Nova, Buenos Aires, 1962.

*La Biblia*, Salvat, Barcelona, 1980.

Laercio, Diógenes, *Vida de filósofos*, Iberia, Barcelona, 1926.

Lo Duca, *Historia del erotismo*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1970.

Lucrecia, *De la naturaleza de las cosas*, Orbis, Madrid, 1984.

Mahler-Werfel, Alma, *Mi vida*, Tusquets, Barcelona, 1987.

Molière, *Ecole des Femmes*, Larrouse, París. 1965.

Montgomery Hyde, H., *Historia de la pornografía*, La Pléyade, Buenos Aires, 1973.

Nietzsche, Friedrich, *Mi hermana y yo*, Santiago Rueda, Buenos Aires, 1964.

Orazio, *Satire ed Epistole*, Zanichelli, Bologna, 1974.

Ovidio, *L'arte dell'amore - La medicina dell'amore*, ibíd.

-*I Fasti*, ibíd.

-*Amori*, ibíd.

Petrarca, *Canzoniere*, Rizzoli, Milano, 1975.

Petronio, Cayo, *El Satiricón*, E.D.A.F, Madrid, 1971.

Pijoan, José, *Historia del arte*, Salvat, Barcelona, 1970.

Platón, *Diálogos socráticos*, Jackson, Buenos Aires, 1959.

Plutarco, *Vidas paralelas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980.

Principe, Quirino, *Mahler*, Javier Vergara, 1986.

Rabelais, *Gargantúa y Pantagruel*, El Ateneo, Buenos Aires, 1966.

Rank, Otto, *El mito del nacimiento del héroe*, Paidós, Buenos Aires, 1961.

Reik, Theodor, *Psychology of sex relations*, Farrar & Rinehart, New York, 1945.

-*Variaciones psicoanalíticas sobre un tema de Mahler*, Taurus, Madrid, 1975.

Rojas, Fernando de, *La Celestina*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1971.

Rojas, Ricardo, *Blasón de plata*, Losada, Buenos Aires, 1954.

Rolland, Romain, *Beethoven*, Hachette, Buenos Aires, 1963.

Rossiaud, Jacques, *La prostitución en el Medievo*, Ariel, Barcelona, 1986.

Rougemont, Denis de, *El amor y Occidente*, Kairós, Barcelona, 1978.

Rousseau, *Las confesiones*, Jackson, Buenos Aires, 1959.

San Agustín, *Confesiones*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983.

Shakespeare, *Plays*, Park Lane, New York, 1979.

Spears, Richard A., *Slang and Euphemism*, New American Library, New York, 1982.

Strauss, David Federico, *Nueva vida de Jesús*, Valencia, 1905.

Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, Jackson, Buenos Aires, 1959.

Turguenev, Iván S., *Primer amor*, Hyspamérica, Madrid, 1982.

Vasari, G., *Vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*, Jackson, Buenos Aires, 1960.

Victor Hugo, *Cromwell*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979.

Virgilio, *Obras Poéticas*, Jackson, Buenos Aires, 1960.

Zingarelli, *Vocabolario della lingua italiana*, Zanichelli, Bologna, 1972.

## NOTAS

Se da el título del libro sólo cuando aparece por primera vez. Los números romanos indican las principales divisiones de un texto y los números arábigos la página o verso. Mayores referencias se hallan en la precedente "Guía Bibliográfica".

### CAPÍTULO 1

- 1 Rojas, Fernando de, *La Celestina*, acto I. 29.
- 2 Freud, Sigmund, *El doble sentido antitético de las palabras primitivas*, II, 964.

### CAPÍTULO II

- 1 Rank, Otto, *El mito del nacimiento del héroe*, II, 21.
- 2 Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, II, 126.
- 3 Durant, Hill, *Nuestra herencia oriental*, X. 372.
- 4 Herodoto, *ibíd.*, I, 199.
- 5 Nietzsche, Federico, *Mi hermana y yo*, IX, 30.
- 6 La Biblia, *Génesis*, 38, 14-18.
- 7 *Ibíd.*, *Isaías*, 3, 16-17.
- 8 *Ibíd.*, *Ezequiel*, 16, 25-26.
- 9 *Ibíd.*, *Proverbios*, 7, 14-18.
- 10 *Ibíd.*, 5, 1-4.
- 11 *Eros en Grecia*, 37.
- 12 *Ibíd.*, 50.
- 13 Hyde. Montgomery H., *Historia de la pornografía*, II. 49.
- 14 *Eros en Grecia*, 97.
- 15 *Ibíd.*, 112-4.
- 16 Pijoan, J., *Historia del arte*, V, 149.
- 17 *Ibíd.*, 123.
- 18 *Ibíd.*
- 19 Durant, Will, *César y Cristo*, I, VII, 220.
- 20 Petronio, Cayo, *El Satiricón*, VII y VIII.
- 21 Durant, Will, *ibíd.*, I, XV, 520.
- 22 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, XL.
- 23 Durant, Will, *ibíd.*, I, XIII, 565.
- 24 *Grafitos amatorios pompeyanos*, 43, 109.
- 25 *Ibíd.*, 40, 108.
- 26 Durant, Will, *ibíd.*, I, XIII, 438.
- 27 Ovidio, *Los amores*, X.
- 28 Boccaccio, Giovanni, *El Decamerón*, II, I.
- 29 *Ibíd.*, IX, II.
- 30 Durant, Will, *La Edad de la Fe*, II, XIX. 80.
- 31 *Ibíd.*, XXIX. 595.
- 32 *Ibíd.*, *El Renacimiento*, II, XX, 457.

- 33 *Ibíd.*
- 34 *Ibíd.*, *La Reforma*, I, III, 141.
- 35 Rossiaud, Jacques, *La prostitución en el Medievo*, IX, 183.
- 36 Durant, Will, *La Reforma*, I, XV, 457.
- 37 *Ibíd.*, I, XXI, 697.
- 38 *Ibíd.*, *La Edad de la Razón*, II, XVI, 39.
- 39 *Ibíd.*, *La Edad de Luis XIV*, I, 42.
- 40 *Ibíd.*, *La Edad de Voltaire*, II, 180.

### CAPÍTULO III

- 1 Jones, Ernest, *Essays in Applied Psychoanalysis*, II, 272.
- 2 Rank, Otto, *El mito del nacimiento del héroe*, 25.
- 3 *Ibíd.*, 68.
- 4 Durant, Will, *Nuestra herencia oriental*, XI, 389.
- 5 Rank, Otto, *ibíd.*, 35.
- 6 Pijoan, J., *Historia del arte*, I, 33.
- 7 Rank, Otto, *ibíd.*, 61.
- 8 Strauss, David, *Vida de Jesús*, II, LVII, 40.
- 9 Diógenes Laercio, *Vida de filósofos*, III, 1, 2.
- 10 Plutarco, *Vidas paralelas*, Alejandro: II y III.
- 11 Ovidio, *Fastos*, III, 15.
- 12 Durant, Will, *César y Cristo*, I, 32.
- 13 Frazer, James, *La rama dorada*, XIV, 191.
- 14 Strauss, David, *ibíd.*
- 15 Suetonio, *Vida de los doce Césares*, XCIV.
- 16 La Biblia, *Isaías*, VII, 14.
- 17 *Ibíd.*, *Mateo*, I, 18-25 y *Lucas*, I, 26-38.
- 18 Jones, Ernest, *ibíd.*, II, XIII, 269.
- 19 *La Biblia*, VII, 153, 4, 5 y 157.
- 20 Lo Duca, *Historia del erotismo*, II, 29.
- 21 Rojas, Ricardo, *Blasón de plata*, XVII.
- 22 *Priapeos*, 45.
- 23 Jones, Ernest, *ibíd.*, II, XIII, 334.
- 24 Rabelais, François, *Gargantúa y Pantagruel*, I, VI, 99.
- 25 Molière, *Ecole des Femmes*, acto 5, esc. 4, 108.

### CAPÍTULO IV

- 1 Shakespeare, *Otelo*, acto III, esc. III., 267-70.
- 2 Freud, Sigmund, *Introducción al psicoanálisis*, II, 250.
- 3 *Ibíd.*, *Moisés y la religión monoteísta*, III, Dificultades, 257.
- 4 *Ibíd.*, *Historia de una neurosis infantil*, II, 708.,
- 5 Ovidio, *El arte de amar*, III, 781-2.
- 6 *Ibíd.*, III, 771-3.
- 7 Aristófanes, *La Paz*, V, 889-890.
- 8 *Ibíd.*, *Los Pájaros*, V, 1255.

- 9 *Ibíd.*, *Lysistrata*, 677.
- 10 Horacio, *Sátiras*, II, 7-49.
- 11 Lucrecio, *De Rerum Natura*, IV, 1259.
- 12 Corominas, Joan, *Diccionario crítico etimológico*, GMA, 700.
- 13 Spears, Richard, *Slang and Euphemism*, 30.
- 14 Brantôme, *Las Damas Galantes*, Primer Discurso. 634.

## CAPÍTULO V

- 1 Platón, *El Banquete*, 180-81.
- 2 Castiglione, Baldassarre, *Il Cortegiano*, IV, LXI, 562.
- 3 *Ibíd.*, IV, LXII, 564.
- 4 *Ibíd.*
- 5 San Agustín, *Las confesiones*, II, 3.
- 6 Dante, *Vita Nova*, XIX
- 7 Petrarca, *Canzoniere*, 159.
- 8 Pijoan, J., *Historia del arte*, VI, 2.
- 9 Vasari, Giorgio, *Vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*, 273.
- 10 Durant, Hill, *El Renacimiento*, 1, VII. 286.
- 11 Pijoan, J., *ibíd.*, V, X, 288.
- 12 *Ibíd.*, 292.
- 13 *Ibíd.*, 295.
- 14 Durant, Will, *ibíd.*
- 15 *Ibíd.*, *The Age of Napoleon*, XIII, 308.
- 16 *Ibíd.*, 309.
- 17 *Ibíd.*
- 18 *Ibíd.*, 317.
- 19 Chateaubriand, François René de, *Atala*, 39.
- 20 *Ibíd.*, 69.
- 21 *Ibíd.*, *René*, 111.
- 22 *Ibíd.*, 113.
- 23 *Ibíd.*
- 24 *Ibíd.*, 117.
- 25 *Ibíd.*, 123.
- 26 Durant, Will, *The Age of Napoleon*, XIII, 318.
- 27 Reik, Theodor, *Psychology of Sex Relations*, I, 28.

## CAPÍTULO VI

- 1 San Agustín, *Confesiones*, II, I.
- 2 Castiglione, Baldassarre, *Il Cortegiano*, IV, LII.
- 3 Rousseau, Juan Jacobo, *Las confesiones*, I, 3.
- 4 *Ibíd.*, I, 8.
- 5 *Ibíd.*, IV, 125.
- 6 Durant, Will, *Rousseau y la Revolución*, I, 23.
- 7 Rousseau, Juan Jacobo, *ibíd.*, V, 179.
- 8 *Ibíd.*, V. 180.

- 9 *Ibíd.*
- 10 *Ibíd.*
- 11 *Ibíd.*, 201
- 12 *Ibíd.*, VI, 230.
- 13 *Ibíd.*, 231.
- 14 *Ibíd.*
- 15 *Ibíd.*, 232.
- 16 *Ibíd.*, IX, 397.
- 17 *Ibíd.*, 401.
- 18 *Ibíd.*, 402.
- 19 *Ibíd.*, 403.
- 20 *Ibíd.*
- 21 *Ibíd.*, 405.
- 22 *Ibíd.*, 406.
- 23 *Ibíd.*
- 24 *Ibíd.*, 407.
- 25 *Ibíd.*, 408.
- 26 *Ibíd.*
- 27 *Ibíd.*
- 28 *Ibíd.*, VII, 302.
- 29 *Ibíd.*, 303.
- 30 *Ibíd.*
- 31 *Ibíd.*, IX, 379.

## CAPÍTULO VII

- 1 Turguenev, Iván S., *Primer amor*, XII, 84.
- 2 Rougemont, Denis de, *El amor y Occidente*, IV, 187.
- 3 Rousseau, Juan Jacobo, *Las confesiones*, IX, 406.
- 4 Chateaubriand, François René de, *René*, 124.
- 5 *Ibíd.*, 125.
- 6 Nietzsche, Federico, *Mi hermana y yo*, VII, V.
- 7 Rolland, Romain, *Beethoven*, I, 15.
- 8 Durant, Will, *The Age of Napoleon*, XXVIII, I, 568.
- 9 Rolland, Romain, *ibíd.*, I, 16.
- 10 *Ibíd.*
- 11 Beethoven Ludwig van, *Los cuadernos de conversaciones*, 49, en *Beethoven*, Viscontea.
- 12 Johnson, Samuel, *De la pesadumbre*, 86.
- 13 Ovidio, *Los remedios del amor*, 462.
- 14 Victor Hugo, *Cromwell*, Prefacio, 16.

## CAPÍTULO VIII

- 1 Freud, Martin, *Sigmund Freud, mi padre*, V, 64.
- 2 *Ibíd.*, IV, 49.
- 3 Jones, Ernest, *Vida y obra de Sigmund Freud*, II, III, 91.

- 4 Mahler-Werfel, Alma, *Mi vida*, 50.
- 5 *Ibíd.*, 51.
- 6 Reik, Theodor, *Variaciones psicoanalíticas sobre un tema de Mahler*, VII, I, 150.
- 7 Freeman, Erika, *Conversations with Theodor Reik*, 96.
- 8 Mahler-Werfel, Alma, *ibíd.*, 43.
- 9 *Ibíd.*, 38.
- 10 *Ibíd.*, 42.
- 11 *Ibíd.*, 40.
- 12 *Ibíd.*, 41.
- 13 Jones, Ernest, *ibíd.*, II, III, 91.
- 14 Mahler-Werfel, Alma, *ibíd.*, 45.
- 15 *Ibíd.*, 50.
- 16 Reik, Theodor, *ibíd.*, VIII, II, 164.
- 17 Mahler-Werfel, Alma, *ibíd.*, 50.
- 18 *Ibíd.*, 52.
- 19 Reik, Theodor, *ibíd.*, VII, I, 151.
- 20 Mahler-Werfel, Alma, *ibíd.*, 15.
- 21 *Ibíd.*, 18.
- 22 Principe, Quirino, *Mahler*, I, 64.
- 23 Mahler-Werfel, Alma, *ibíd.*, 32.
- 24 Reik, Theodor, *ibíd.*, VI, VII, 147.
- 25 Mahler-Werfel, Alma, *ibíd.*, 51.
- 26 Reik, Theodor, *ibíd.*, VI, IV, 129.
- 27 *Ibíd.*, VII, I, 153.
- 28 Freeman, Erika, *ibíd.*, 96.
- 29 Reik, Theodor, VII, I, 151.
- 30 *Ibíd.*
- 31 *Ibíd.*, VII, I, 152.

## CAPÍTULO IX

- 1 Arango, Ariel, *Las malas palabras*, IX, 185.
- 2 Freud, Sigmund, *Tótem y tabú*, II, I.
- 3 Arango, Ariel, *ibíd.*, VIII, X.
- 4 Johnson, Falk S., *Ruined Lady*, en *Maledicta*, VII, 130.
- 5 Spears, Richard A., *Slang and Euphemism*, voz: lady.
- 6 Johnson, Falk S., *ibíd.*, 133.
- 7 *Ibíd.*, 137.
- 8 Zingarelli, *Vocabulario della lingua italiana*, voz: donna.
- 9 Johnson, Falk S., *ibíd.*, 136.
- 10 Freud, Sigmund, *Sobre una degradación general de la vida erótica*, II, 963.
- 11 Cervantes, *El Quijote de la Mancha*, II, XIII.
- 12 Virgilio, *Églogas*, IV, 60-4.